

Omraam Mikhaël Aïvanhov

nueva luz
sobre
los Evangelios



Colección Izvor

EDICIONES



PROSVETA

nueva luz
sobre
los Evangelios

Ilustración de la portada: Cristal

Omraam Mikhaël Aïvanhov

nueva luz
sobre
los Evangelios

Traducción del Francés



Colección Izvor

N.º 217

EDICIONES



PROSVETA

Del mismo autor :

Traducciones del francés

Colección Obras Completas

- Tomo 1 - El segundo nacimiento
- Tomo 7 - Los misterios de Iesod
- Tomo 11 - La clave esencial para resolver los problemas de la existencia
- Tomo 13 - La nueva tierra (Métodos, ejercicios, fórmulas, oraciones)
- Tomo 25 - Acuario : llegada de la Edad de Oro (1^{er} volumen)
- Tomo 26 - Acuario : llegada de la Edad de Oro (2^o volumen)

Colección Izvor

- 201 - Hacia una civilización solar
- 202 - El hombre a la conquista de su destino
- 203 - Una educación que comienza antes del nacimiento
- 204 - El yoga de la nutrición
- 205 - La energía sexual o el Dragón alado
- 206 - La Fraternidad Blanca Universal no es una secta
- 207 - ¿Qué es un Maestro espiritual ?
- 208 - El egregor de la Paloma o el reino de la paz
- 209 - Navidad y Pascua en la tradición iniciática
- 210 - El árbol de la ciencia del bien y del mal
- 211 - La libertad, conquista del espíritu
- 214 - La galvanoplastia espiritual y el futuro de la humanidad
- 217 - Nueva luz sobre los Evangelios
- 218 - El lenguaje de las figuras geométricas
- 220 - El zodiaco, clave del ombre y del universo
- 221 - El trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección

© Copyright 1988 reservado a Prosveta S.A. para todos los países, incluida la U.R.S.S. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización del autor y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audiovisuales o de cualquier otro tipo sin la debida autorización del autor y del editor (Ley del 11 de Marzo 1957, revisada).

Prosveta S.A. - B.P. 12 - 83601 Fréjus Cedex (France)

ISBN 2-85566-430-6

édition originale : ISBN 2-85566-284-2

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una Enseñanza estrictament oral.

I

**«NO SE PONE EL VINO NUEVO
EN ODRES VIEJOS»**

«Nadie remienda un vestido viejo con un paño nuevo, pues lo nuevo arranca parte de lo viejo, y empeora la rotura. Ni tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque así revientan los odres, el vino se derrama y se pierden los odres. Sino que se echa el vino nuevo en odres nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro.»

San Mateo 9, 16-17

Seguro que estas frases no son nuevas para vosotros, porque a menudo se hace alusión a ellas ; pero pienso que contienen verdades que todavía no sospecháis y debéis conocer. ¿Qué significan las palabras «odres viejos», «odres nuevos», «vino nuevo»? En los tiempos actuales, se pone el vino en cubas. Antaño, se utilizaban odres — pellejos de animales cosidos en forma de saco — y no se podía conservar el vino nuevo en odres viejos debido a que el vino nuevo produce fermentaciones y emanaciones de gas que habrían destruido los odres usa-

dos, con lo que el vino se hubiese derramado. Así pues, se ponía el vino nuevo en odres nuevos, sólidos y capaces de resistir fuertes presiones.

¿Qué representa el proceso de la fermentación desde el punto de vista científico? La fermentación es una descomposición natural de la materia orgánica. Existen diferentes tipos de fermentaciones y algunos de ellos fueron estudiados por los alquimistas, que extraían de determinadas fermentaciones los elementos necesarios para la fabricación de la piedra filosofal. En el hombre pueden también producirse toda clase de fermentaciones, no sólo en sus órganos físicos sino también en su corazón y en su cabeza, es decir, en sus sentimientos y en sus pensamientos.

Cuando Jesús decía: «Se echa el vino nuevo en odres nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro», comparaba su enseñanza con el vino nuevo, porque esta enseñanza debía ser vertida en seres sólidos, resistentes, capaces de soportar todos los cambios que inevitablemente iba a provocar en ellos. Porque, al igual que el vino, una enseñanza iniciática no es una cosa muerta; al contrario, vive, y su vida acarrea todo tipo de consecuencias. El odre representa al ser humano, y en este odre hay aún, por decirlo de alguna forma, muchos otros odres: la cabeza, los pulmones, el estómago... El corazón, el intelecto y el alma, también son odres, y si no estamos atentos a lo que en ellos introducimos, si

descuidamos el mantenimiento de estos odres, los resultados son deplorables.

A veces algunos se quejan, diciéndome: « Antes, me sentía mucho mejor. Comía, bebía, hacía tonterías, me divertía... y me sentía bien. Pero, desde que trato de seguir la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal me siento mal, como si empezara a producirse una fermentación dentro de mí. Verdaderamente, esta Enseñanza no me conviene ». No comprenden lo que les pasa y en vez de evolucionar normalmente, se lamentan, se desaniman y retroceden. ¿ Qué significa esto ? ¡ Que son odres viejos y que no es tiempo aún de verter en ellos el vino nuevo !

Observaos vosotros mismos, observad a los demás y comprobaréis que cuando aceptan una Enseñanza, por más divina que ésta sea, al cabo de un mes, de seis meses, o de uno año — eso depende de las personas — los seres empiezan a caer en las mayores contradicciones; se vuelven irritables o depresivos, e incluso sucede que su trabajo, en vez de intensificar su lado positivo, no hace más que desarrollar su lado negativo porque cada nuevo pensamiento y cada nuevo sentimiento, produce fermentaciones en su interior.

Escuchándome pensaréis que es muy peligroso aceptar nuestra Enseñanza aunque sea realmente pura y divina. No, no hay ningún peligro; pero, en primer lugar, hay que saber que debemos preparar

dentro de nosotros mismos una forma sólida capaz de contener y de soportar una filosofía, una idea, una Enseñanza nueva. No se puede recibir una filosofía nueva sin haberse armonizado previamente con esta filosofía. sin haber fortalecido y preparado el estómago, la cabeza, los pulmones y todo el organismo, para poder resistir la tensión que van a producir las nuevas corrientes que se reciben. No os imaginéis que las corrientes de amor y de luz son fáciles de soportar. Al contrario, se puede decir que los seres humanos están mejor preparados para el sufrimiento, para las penas y las decepciones que para la alegría, la inspiración y las corrientes muy elevadas. Muchas veces incluso se diría que les gusta hundirse en las complicaciones, y si un día reciben una inspiración luminosa, se diría que hacen todo lo posible para desprenderse de ella. ¿Por qué hacen esto? ¡Es tan raro y tan valioso recibir una inspiración divina!

¡Si los humanos supiesen qué mejoras fisiológicas se producen bajo la influencia de una idea divina! ¡Y es esta oportunidad, precisamente, la que rechazan! ¿Dónde encontrarán después ocasiones de transformarse? Un día lamentarán haber obrado de esta manera y dirán: «Es verdad, ¡cuántas veces rechacé la luz porque tuve miedo del Espíritu!»

He observado repetidas veces que la gente no tiene miedo del infierno, de los diablos, de los sufrimientos, del desorden y de todo lo que es inferior,

pero, en cambio, teme en gran manera al Espíritu y a los estados de conciencia sublimes. Por un lado tienen algo de razón, porque sienten en el fondo de su ser que no son odres nuevos: tienen todavía necesidad de vivir en la vida inferior e, instintivamente, tienen miedo de no poder soportar esta vida nueva, esta expansión de conciencia. Los que temen al Espíritu no saben muy bien por qué, pero sienten instintivamente que hay algo que temer: tendrán que abandonar sus viejas costumbres. En realidad, no hay nada más hermoso que poder captar las corrientes espirituales: esta luz, esta fuerza, esta alegría que viene a nosotros cada día, este amor que traspasa las almas a cada instante. Si obstaculizamos estas corrientes con nuestras debilidades, con nuestros pensamientos y nuestros sentimientos negativos, es señal de que nuestros odres no están aún preparados para recibir el vino nuevo. Son odres viejos y tenemos que cambiarlos.

Las células de nuestro cuerpo se renuevan constantemente; cada día hay células usadas, enfermas, que son reemplazadas por células sanas. Este proceso de renovación dura siete años. Cada siete años todas las moléculas y átomos de nuestro cuerpo han sido reemplazados por otros. Diréis: « Pero, entonces, ¡todo nuestro ser se ha renovado! » No, porque aunque en el transcurso de estos siete años todas nuestras células hayan sido reemplazadas, tenéis que saber que cada célula posee una memo-

ria o, si queréis, unos hábitos que transmite en forma de marcas o moldes esotéricos a la célula que la reemplaza. Los pensamientos, los sentimientos y las energías circulan sobre estos moldes como sobre surcos bien trazados. Esto es lo que explica que las nuevas partículas, al tomar el lugar de las antiguas, hereden su memoria; aunque hayan transcurrido siete años las células se encuentran en el mismo estado, a menudo un estado inferior.

¿Qué edad tenéis? ¿Cuántos períodos de siete años habéis vivido ya? Sin embargo, ¡seguís siendo fieles a los mismos hábitos, habéis conservado la misma forma de pensar, repetís las mismas tontorías! El que vuestras células se hayan renovado en siete años no basta para regenerar completamente todo vuestro ser. Vuestro cuerpo se ha transformado, sí, pero las tendencias, los hábitos siguen siendo los mismos, porque las nuevas células han sufrido la influencia de antiguos moldes o, digamos, de la antigua memoria.

Para transformarse realmente, hay que cambiar la memoria de las células. A medida que las nuevas células reemplazan a las antiguas, hay que impregnarlas de nuevos pensamientos y de nuevos sentimientos. Sí, si somos conscientes, podemos «renovar los odres» a medida que vertemos en ellos el vino nuevo de una enseñanza espiritual. En caso contrario, si seguimos viviendo con los mismos desórdenes y con los mismos hábitos peligrosos, se

producirán fermentaciones en las odres. Por eso, al mismo tiempo que recibimos esta enseñanza espiritual, debemos transformar la memoria de nuestras células, trabajando para introducir en nosotros elementos nuevos, velando por la pureza de los alimentos y de las bebidas, del aire que respiramos y de todo lo que absorbemos, sea visible o invisible. Únicamente entonces podremos revivir sin temor una nueva filosofía y nuevas corrientes espirituales.

Ahora que hemos hablado de los odres, hablemos un poco del vino. Casi todos bebéis vino; tomado moderadamente, no es malo. ¡Algunos dicen, incluso, que les inspira! Sin embargo, también sabéis que existen vinos adulterados que es mejor no beber, porque están preparados con toda clase de ingredientes nocivos y que no voy a enumerar. Lo que quería deciros es que en el campo espiritual se producen los mismos fenómenos que en el campo físico. Encontraréis enseñanzas, sistemas filosóficos que son semejantes a vinos adulterados; están hechos de gran cantidad de elementos heteróclitos que no contienen nada vivo ni sustancial. Cuando se ha bebido de este vino, uno se siente trastornado, indispuesto, enfermo. En vez de ir a comprar vino en cualquier tienda, el secreto consiste en prepararse uno mismo el vino que ha de beber, es decir, en prepararse sus propios pensamientos, sus propios sentimientos y sus propios

actos. Diréis: « Vd. está vertiendo, en este momento, vino en nuestros odres, ¿estará también adulterado? » ¡ Pensad lo que queráis ! Tan sólo os aconsejo que plantéis una viña en vuestra alma, que la cultivéis, que recojáis sus uvas, que las piséis y que bebáis su zumo. Del buen vino que uno mismo se prepara se puede beber tanto como se quiera, hasta emborracharse.

Verter vino nuevo en odres nuevos es realizar la unión del espíritu y de la materia (y esta materia, no es únicamente la del plano físico, sino también la del plano psíquico, la de los pensamientos y de los sentimientos). No podéis contentaros con verter una Enseñanza en vuestra cabeza, con venir a nutrirnos cada día con ideas nuevas sin renovar, al mismo tiempo, todo vuestro ser físico y psíquico mediante la práctica de una vida pura. Si os limitáis a aprender, los odres, hinchados, estallarán enseguida, porque no habrá correspondencia alguna entre sus formas y las fuerzas nuevas que reciben. Si no hacéis ningún ejercicio de respiración y de gimnasia, si no rezáis, si no meditáis, si no aceptáis alimentarnos y vivir de acuerdo con las reglas de la nueva Enseñanza, se producirán en vosotros todo tipo de anomalías. Cuando la fermentación empieza, uno se siente tan perturbado y tan irritado que choca con todo el mundo. He visto hombres que, después de haber abrazado la vida espiritual, se volvían extremadamente nerviosos en el trato con

su mujer y con sus hijos. Una Enseñanza espiritual no debe provocar tales reacciones, ¡ estas fermentaciones son debidas a que los odres eran demasiado viejos y usados !

Siento que algunos de vosotros estáis pensando : « Muy bien, hemos comprendido que existe una Enseñanza magnífica. Tenemos necesidad de evolucionar, tenemos un trabajo que cumplir, pero no sabemos cómo hacerlo. Denos métodos, puesto que éstos nos faltan. » Lo que decís es verdadero y falso a la vez, porque os he dado ya muchos métodos, pero no parece que los apreciéis mucho, os parecen insignificantes. * Esperáis que algún día os revele métodos sensacionales que os transformen instantáneamente. Y es una lástima, porque tales medios no existen.

Nunca encontraréis a un verdadero Iniciado que os dé recetas para que sentéis la cabeza, para fortaleceros y liberaros inmediatamente. La transformación de los seres humanos sólo es posible con un trabajo cotidiano e ininterrumpido. Si alguien os dice : « Tomad esta fórmula, estos pentáculos, estos procedimientos mágicos que os salvarán instantáneamente », os está mintiendo, le interesa engañaros. Un verdadero Maestro os dirá : « Hijos míos, todo es posible, pero sólo si os esforzáis ; si lo hacéis,

* Ver el tomo 13 de las Obras Completas : « La nueva tierra : métodos, ejercicios, fórmulas y oraciones. »

todo lo que hayáis obtenido habrá penetrado tan profundamente en vosotros que nadie os lo podrá quitar.» Todo aquello que se obtiene mediante métodos que producen resultados inmediatos, con procedimientos mágicos, no puede ser duradero. Poco tiempo después, uno pierde todo lo que creía poseer, porque estas adquisiciones no fueron elaboradas internamente mediante esfuerzos personales.

Existen maestros que en un instante podrían desarrollar todo tipo de cualidades; pero no lo hacen, porque no durarían. El amor, los conocimientos, los poderes, no pueden venir de fuera, como el vino que se vierte en una botella. Somos nosotros quienes debemos trabajar todos los días para transformar nuestros odres. Desgraciadamente, todas las escuelas que exigen esfuerzos no tienen mucho éxito, mientras que las que prometen todas las bendiciones sin tener que hacer nada, están llenas. Por eso, las verdaderas Enseñanzas no atraen muchos discípulos.

El Cielo prepara el envío de corrientes poderosas, semejantes a un vino nuevo, y los odres que no estén preparados para soportar este vino de renovación no podrán subsistir, porque el mundo invisible quiere llenar todos los odres, tanto los viejos como los nuevos. Esto significa que llega la época en que los grandes misterios serán revelados. La humanidad está compuesta de odres viejos y de

odres nuevos, pero cuando viertan el vino, poco importará que sean nuevos o usados, no los escogerán, los llenarán todos: los nuevos subsistirán y, ¡qué queréis!, tanto peor si los viejos estallan.

Trabajad, pues, todos los días para «renovar vuestros odres», es decir, trabajad sobre vosotros mismos, sobre todas vuestras células, sobre todos vuestros órganos, para que estéis preparados para recibir el vino nuevo: las corrientes poderosas y benéficas que el mundo invisible se dispone a derramar sobre toda la tierra.

II

«SI NO OS VOLVÉIS COMO NIÑOS»

I

«Y le presentaron unos niños para que los tocara, y los discípulos reñían a los que venían a presentárselos. Advirtiéndolo Jesús, se indignó y les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis; porque de los que se parecen a ellos es el Reino de Dios. En verdad os digo que quien no recibiese como un niño el Reino de Dios, no entrará en él». Y estrechándolos entre sus brazos, y poniendo sobre ellos sus manos, les bendecía.»

San Marcos, 10:13

«En esta misma ocasión, se acercaron los discípulos a Jesús, y le hicieron esta pregunta: «¿Quién será el mayor en el Reino de los cielos?» Y Jesús, llamando a un niño, le colocó en medio de ellos y dijo: «En verdad os digo que si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos.»

San Mateo, 18: 1-3

Al oírme leer estos versículos, sin duda os habéis preguntado por qué he escogido estas líneas: hace dos mil años que la gente oye repetir a los predicadores que tienen que ser como niños, y no ha servido de nada. «Dejad que los niños vengan a mí, porque de los que se parecen a ellos es el Reino de Dios...» «... si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». Cuando os haya explicado estas pocas líneas a la luz de la tradición iniciática, veréis que contienen ideas muy profundas.

Cuando pensamos en la infancia, no podemos dejar de evocar la vejez, pues entre ambas existe una relación. Los niños se sienten atraídos por las personas mayores y, a la inversa, los ancianos quieren mucho a los niños. La vida es como un círculo cuyo principio es la infancia y cuyo fin es la vejez: los dos extremos se tocan. Sin embargo es evidente que un niño y un anciano no inspiran en absoluto los mismos sentimientos. Enseguida tenéis ganas de besar a un niño, de acariciarlo, de tomarle en vuestros brazos, de hacerle saltar sobre vuestras rodillas... Pero no sucede lo mismo con un anciano. ¿Por qué? Responderéis que porque el niño es más leve. No, no es sólo por eso...

El niño nace con los puños cerrados, mientras que el anciano muere con las manos abiertas. El niño, con sus puños cerrados, quiere decir: «Tengo una gran confianza en mis fuerzas; quiero manifestarme y vencer al mundo entero». Mientras que

el viejo, que ha desperdiciado su vida buscando una felicidad que no ha encontrado, dice: «Creí que obtendría muchas cosas, y lo he perdido todo; estoy decepcionado». Como no ha podido retener nada, abre las manos. Muchos están frustrados al final de su vida porque, a pesar de su avanzada edad, no han adquirido nada, no han aprendido nada.

En realidad, es muy difícil llegar a ser un verdadero anciano, tan difícil, que Jesús dijo: «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». En el Cielo, hay ya veinticuatro Ancianos, así que no hay sitio para más. En el Apocalipsis de san Juan está escrito: «Vi veinticuatro tronos, y sobre estos tronos veinticuatro ancianos sentados, revestidos con vestiduras blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas». Los veinticuatro Ancianos son unos Espíritus extraordinariamente elevados: forman un consejo que dirige el destino de los seres. ¿Cómo osaríamos nosotros presentarnos como candidatos a este consejo? Ved que, como ya no podemos presentarnos en el Paraíso como ancianos, ¡tenemos que entrar como niños! Y entonces sí, entrada libre: ¡todos los niños son aceptados! El Paraíso está poblado de niños, y sólo hay veinticuatro Ancianos. ¿No me creéis? Sí, el hecho de que todos los ancianos sean devueltos para que se reencarnen en la tierra prueba claramente que no quieren conservarlos en el Paraíso. Cuando alguien dice: «Mi padre está en el Paraíso con Dios», en

realidad ya está reencarnado en un bebé, en alguna familia ¿Por qué ha vuelto? Precisamente, para aprender el amor y la sabiduría que están escondidos en estos dos símbolos: el niño y el anciano.

El niño y el anciano representan las dos virtudes que tenemos que aprender a desarrollar durante nuestra existencia. El niño es el amor que trae la abundancia de fuerzas y de energías, que quiere verlo todo, tocarlo todo, que quiere obrar y manifestar todas las posibilidades de la vida. El anciano es la sabiduría que observa, que analiza, que saca conclusiones. Pero ambos deben caminar juntos, porque en el momento actual, en que vemos que se manifiesta por todas partes la tendencia a desarrollar el intelecto en detrimento del corazón, los humanos se vuelven críticos, intolerantes, y se comportan como viejos cascarrabias; y la sabiduría no es eso.

Y ahora, observad a los niños cuando aprenden a caminar: se caen, se levantan, se caen de nuevo, se vuelven a levantar, hasta que consiguen mantenerse en pie. Y, en cambio, observad a un anciano. Si fracasa una vez, dice: «Se acabó, no lo probaré más». Si se cae, espera que le levanten: la gente le presta socorro, pero para llevarlo al hospital. Eso significa que un ser viejo de carácter, de alma, de pensamientos, si alguna vez se cae, ya no se levanta. Dice: «Que se levanten y actúen los demás; para mí la vida se ha terminado». Y no es así, debe inten-

tarlo miles de veces, si es necesario, pero tiene que levantarse para andar, de lo contrario jamás aprenderá a andar en el Reino de Dios.

Observad una vez más a los niños. Les dais un bombón, una piedra, un insecto, y se ponen contentos. Mientras que a los ancianos nada les satisface, siempre encuentran alguna razón para gruñir y quejarse. Por eso no entrarán en el Reino de Dios, porque el Reino de Dios es un estado de conciencia hecho de flexibilidad y de alegría. Si no son capaces de entrar en el Reino de Dios durante esta vida, ¡cuánto menos lo serán cuando estén en el otro mundo! Desde ahora se les niega la entrada.

No penséis que cuando hablo así de los ancianos sólo considero la edad, porque hay jóvenes que a los dieciséis años, ya son interiormente ancianos: apagados, aburridos, asqueados, nada les interesa, ninguna actividad les atrae, son incapaces de maravillarse, de entusiasmarse. Por el contrario hay ancianos que tienen el corazón joven, rico, inagotable. Son tan resplandecientes, tan alegres, tan deliciosos, que de buena gana les besaríamos. Sí, a pesar de su edad dan ganas de besarles, de tomarles en brazos, porque son verdaderamente niños.

Los niños son despreocupados, no se inquietan por el porvenir. Mientras que los ancianos se atormentan continuamente por el futuro, que ven siempre lleno de incertidumbres: enfermedades, miseria, soledad... Y, desgraciadamente, toda la cultura

contemporánea nos enseña a ser ancianos. No es muy inteligente, al parecer, ser como un niño. La injuria más grave que se puede hacer a una persona es tratarla como a un niño. Para agradar a la opinión pública hay que tener un aire preocupado, de persona que tiene un montón de «problemas». Si un adulto es alegre, sencillo, abierto, se considera que no es sabio ni profundo. Con esta filosofía, que mata cada vez más los buenos impulsos de su naturaleza, el hombre se destruye a sí mismo. Así pues, esforzaos para volveros como niños, con un corazón siempre vivo, amante, que se interese por todo, que perdone enseguida, que goce con las cosas más insignificantes, que olvide rápidamente las vejaciones, las tristezas y las caídas, un corazón que esté constantemente dispuesto a amar, a abrazar al mundo entero, un corazón que no se cristalice, que no se enfríe. Mientras que vuestro corazón conserve su calor, no podéis envejecer.

Los niños están llenos de confianza en sí mismos, se creen capaces de luchar contra los mayores, de derribarles, de ser más fuertes que ellos; cuando lo intentan, no lo consiguen, ¡pero continúan creyéndolo! Y también creen todo lo que les cuentan, aunque sean «cuentos chinos». Por el contrario los ancianos no os creen aunque les digáis la verdad. Tienen sospechas y dicen: «¡Cuántas veces he visto eso, hijo mío! No soy tan estúpido como para creérmelo otra vez, ¡Ya no se me puede enga-

ñar!». En realidad, se les puede engañar fácilmente, porque, a menudo, no distinguen claramente las cosas.

Algunos me preguntan: «¿Por qué muchas veces está Vd. alegre como un niño?». Les respondo que porque así me siento mejor; me respetarán menos, desde luego, pero me da igual, ¿Por qué la gente quiere ser estimada y respetada? Se estima a los ancianos, se les respeta, pero no se les ama. Una montaña es una cosa muy grande que admiramos, pero andamos sobre ella; una pequeña perla, en cambio, la queremos llevar puesta. ¿Quién de vosotros respeta a los niños y les hace reverencias? A los niños se les acaricia, a veces se les da un azote, pero se les quiere. En el amor que se les profesa hay calor; mientras que en el respeto, muchas veces hay frialdad. Se respeta a todos los grandes personajes, a los ancianos, a los sabios, pero raramente se les ama. La gente se inclina ante un anciano, le saluda profundamente, pero busca la forma de alejarse de él lo más rápidamente posible.

El que quiere que le respeten, perderá el amor de los demás. Por el contrario, el que quiere seguir siendo siempre un niño, o como un niño, quizá no sea respetado, pero se le amará. Si sólo buscáis respeto de los demás llegará un día en que os sentiréis muy solos. Diréis: « Cuando paso por la calle todos me saludan con mucha deferencia, pero me siento solo y nadie viene a darme calor ». El respeto nunca

colma al corazón; únicamente el amor nos hace felices. Por ello, el que quiera ser feliz, debe preferir el amor y volverse, por tanto, semejante a un niño.

Debemos poseer, pues, amor y sabiduría: amor en el corazón y sabiduría en el intelecto. El corazón debe permanecer eternamente joven; el intelecto, en cambio, debe ser viejísimo. De lo contrario, si el corazón envejece y el intelecto es demasiado joven, el resultado es desastroso. El que está siempre descontento, triste, frustrado, inquieto y receloso, tiene el corazón de un anciano. No ama, no se interesa por nada y no avanza. Por otra parte, a menudo, el intelecto de un hombre semejante se ha quedado en la infancia. La infancia y la vejez no son malas en sí, siempre que se sepa qué es lo que debe ser joven y qué es lo que debe ser viejo. A veces se encuentran eminentes sabios o grandes eruditos, que poseen un corazón extraordinariamente joven; y esto es lo ideal, lo perfecto. Desgraciadamente, esta perfección la encontramos realizada en contadas ocasiones.

II

Si la Inteligencia de la naturaleza ha establecido que los niños deben permanecer junto a sus padres durante años, se debe a que, para crecer y para desarrollarse, un niño tiene necesidad de un modelo. Pero los padres... a veces dan ejemplos negativos. No siempre ellos mismos están modelados como es debido. Y como los niños imitan instintivamente a sus padres, al no estar éstos preparados, los niños tampoco lo están. En realidad, también los adultos tienen necesidad de modelos superiores, pero no quieren reconocerlo y no los buscan; se creen ya perfectos y es una lástima, porque al estar satisfechos de sí mismos van directos hacia la catástrofe.

Y yo, ¿creéis que no tengo necesidad de modelos para convertirme en lo que deseo ser? Desde luego que sí, pero como no encuentro modelos suficientemente perfectos aquí en la tierra, los busco en otra parte, en donde están; por eso avanzo continuamente. Despacio, claro está, pero sumando los pequeños progresos de todos los días, al cabo de

varios miles de años habré recorrido un camino inmenso. Sí, ¡tengo paciencia suficiente para trabajar aún durante miles de años!...

Los niños, pues, viven junto a los adultos para tener un modelo, pero también para que, recíprocamente, los adultos tengan ante sí el ejemplo de lo que deben llegar a ser, puesto que se dice en los Evangelios que únicamente los niños entrarán en el Reino de Dios. Un adulto es demasiado grueso, demasiado pesado, demasiado serio, pero a un niño pequeño, que salta, brinca, y ríe... ¡inmediatamente se le abre la puerta! ¡Pero si os creéis que, con estas explicaciones, todos, a partir de hoy, van a decidirse a ser niños! No; seguirán como antes, abrumados por las cargas, las preocupaciones y las complicaciones, porque no han comprendido nada.

Mirad a un niño, no tiene de qué preocuparse, ni tiene que trabajar; sus padres se ocupan de él, le dan de comer, le lavan, le visten. Mientras que, por el contrario, pesan sobre los adultos cargas, complicaciones y deberes: hay que ganar dinero para subsistir, abastecer las necesidades de la familia, alimentarla, darle alojamiento, protegerla, y así sucesivamente.

Ciertamente se dan casos de niños maltratados, abandonados por sus padres, y casos de adultos ricos y privilegiados que pasan su vida feliz, tranquilamente. Pero tan sólo se trata de excepciones.

El niño tiene que aceptar la autoridad y los con-

sejos de los adultos, porque tiene necesidad de protección y no posee todavía la energía y las facultades necesarias para bastarse a sí mismo y comportarse en la vida. Más tarde, cuando se siente fuerte, capaz, inteligente, se responsabiliza, quiere trabajar, imponerse, demostrar sus aptitudes; y entonces empiezan para él las preocupaciones: simplemente porque cuenta consigo mismo, con sus facultades, con su fuerza, con su propia percepción de las cosas.

Ser adulto o ser niño es, en realidad, menos una cuestión de edad que de actitud. Entre los adultos, algunos se comportan como tales, y otros actúan como niños. Se puede, desde luego, considerar la cuestión bajo diferentes aspectos, pero dejo eso a los psicólogos y a los moralistas. A mí, lo que me interesa, es saber cómo hay que comportarse en la vida espiritual. Considerad el caso de los discípulos y, sobre todo, el de los Iniciados. En vez de disponer de su vida para sí mismos y de organizarla a su antojo, la abandonan a la voluntad de Dios. Quieren seguir siendo niños, es decir, quieren obedecer a sus padres celestiales y hacer todas las cosas de acuerdo con sus consejos y, precisamente porque adoptan esta actitud, el Cielo se ocupa de ellos, les alimenta, vela por ellos y les protege.

Imaginándose que ya son adultos, muchos se sienten fuertes, libres, dueños de su destino, creen que ya no tienen necesidad del Padre Celestial ni

de la Madre Divina y rompen sus relaciones con ellos. Pero, a partir de entonces, les ocurren todo tipo de desgracias: el Cielo ya no se ocupa de ellos, porque ya son adultos, ¡naturalmente! Si continuaran siendo niños, es decir, si en vez de mostrarse independientes respecto al Cielo, experimentasen el deseo de dejarse guiar por él, de seguir sus consejos, de confiar en él y de caminar de la mano de sus padres divinos, éstos seguirían ocupándose de ellos y les protegerían.

Vais a decirme que no se puede seguir siendo niño toda la vida. Desde luego, pero ahí también es preciso dar una explicación: no se trata de conservar una mentalidad infantil sino de seguir teniendo, incluso en la edad adulta, una actitud de niño respecto al Cielo, de mostrarse dócil, sumiso, lleno de amor. Se trata, sencillamente, de una cuestión de actitud con respecto al Cielo. Y el Cielo, que observa a este ser, no le abandona, le envía su ayuda y su luz. El Cielo sólo acudirá en vuestra ayuda si sois niños. «Diréis: ¿Aunque sea un anciano de noventa y nueve años?» Esto no importa; las entidades sublimes no miran vuestras arrugas, ni vuestras canas, ni tampoco el calendario oficial: ven que sois un niño adorable, que vuestra actitud es la de un hijo de Dios, la de una hija de Dios, y os hacen entrar en el Paraíso.

Ya veis que las palabras de Jesús no siempre han sido bien comprendidas ni bien explicadas. La gente

dirá: « Pero, ¿ cómo? ¿ Quiere que seamos débiles e ignorantes como los niños? » No, naturalmente que no son los defectos de los niños los que hay que imitar sino sus cualidades: su obediencia, su confianza en escuchar y en seguir a los padres, en aprender y obrar según sus consejos.

Muchas veces me encuentro con chicos y chicas que tienen una confianza tan grande en sus puntos de vista personales que no aceptan consejos de nadie. Aunque se trate de un Maestro, no le escucharán. Y yo, sólo con ver esta mentalidad, ya sé que les esperan grandes problemas y que no están preparados para afrontarlos y para resolverlos correctamente. Pura y simplemente porque tienen mentalidad de adultos: en vez de ser como los niños que, conscientes de su ignorancia y de sus debilidad, confían en sus padres, buscan sus consejos y los siguen atentamente, sólo cuentan para ellos sus opiniones, de una manera absoluta. Pues bien, estos muchachos son demasiado viejos: se encontrarán con grandes problemas y grandes tristezas.

Diréis: « Pero, ¿ hasta cuándo tenemos que mantener esta actitud de niños? » Hasta que os hayáis vuelto tan puros y luminosos que el Espíritu Santo pueda venir a instalarse en vosotros. Sí, cuando el Espíritu Santo se instala en un hombre, entonces éste puede considerarse como un verdadero adulto. Dios no ha hecho las cosas de tal forma que el ser humano tenga que seguir siendo niño durante toda

la eternidad. Ambos períodos, la infancia y la edad adulta, han sido previstos por la Inteligencia cósmica: hay que ser niños durante un cierto tiempo, hasta llegar a la madurez. Lo que sucede, simplemente, es que esta madurez no está donde la gente la situa: han fijado la mayoría de edad a los veintiuno o a las dieciocho años; son mayores civilmente, pero no tienen todavía la madurez de la que os hablo. La mayoría de las personas no tienen la madurez espiritual ni siquiera a los noventa y nueve años.

Cuando uno ha recibido el Espíritu Santo es cuando llega a ser verdaderamente adulto, y entonces camina en medio de la luz, tiene un guía, ve las cosas claras. Únicamente este tipo de adulto es reconocido como tal por el Cielo. Los demás no son, todavía, sino niños recalcitrantes. Sí, todos los que no han alcanzado esta madurez espiritual son considerados arriba como bebés. La cosa está clara, por tanto: el hombre no tiene que seguir siendo un niño eternamente, pero mientras no haya recibido la luz, el Espíritu Santo, que trae consigo todas las riquezas, tiene que mantener una actitud de niño, es decir, tiene que seguir siendo obediente, humilde, atento para con el Cielo. Por otra parte, cuando veis personas que se enfrentan con dificultades insuperables, podéis deducir que se trata de individuos que aún se comportan como niños desobedientes, porque los verdaderos adultos ya no sufren: están con-

tinuamente en la luz. Sin embargo, aquellos que no han querido conservar esta actitud de niños hasta llegar a su madurez, y que se han vuelto prematuramente adultos, evidentemente, sufren.

¿Qué hay que hacer, pues? Es muy sencillo: hasta que no hayáis llegado a ser adultos, debéis pedir a vuestros padres celestiales que os instruyan y os guíen. Cuando vean que sois cada vez más fuertes, más resplandecientes, más luminosos y que estáis llenos de amor, decidirán daros vuestra mayoría de edad: el Espíritu de la luz no cesará de iluminaros y de inspiraros. Ya no tendréis las mismas dificultades que tienen estos supuestos adultos que creen poder llevar una vida independiente. Mientras no hayáis sido reconocidos como adultos por el Cielo, tenéis que actuar como niños humildes y obedientes para poder entrar en el Reino de Dios.

Ahora, comprendedme bien. Cuando digo que hay que ser humildes y obedientes, quiero decir que hay que serlo con respecto al Señor... no con respecto a los hombres. Porque, con frecuencia, se ha comprendido que había que obedecer y someterse a cualquiera, y así, ¡cuántos obedecen a los tiranos, a los ricos, a los poderosos, y a los verdugos! No: se trata de ser fiel, abnegado, sumiso y obediente únicamente con el Principio divino.

En realidad, en las iglesias, incluso entre los miembros del clero, no se ven muchos adultos; hablan siguiendo su propia inspiración, sus propios

puntos de vista, y no es esto lo que hay que hacer. Antes de que un hombre pueda predicar, es necesario que el Espíritu tome posesión de él, porque es el Espíritu quien debe manifestarse a través suyo, a fin de que sus palabras no sean la expresión de sí mismo, sino de la sabiduría y de la luz celestiales, la expresión de la Inteligencia cósmica. El hombre es adulto cuando ya no habla en su propio nombre. Existen Maestros que tienen autoridad y que se imponen formidablemente, pero no son ellos los que se imponen, sino el Espíritu que está en ellos y que tiene el derecho de imponerse. Antes de haber recibido el Espíritu, no tenemos el derecho de imponernos; es muy peligroso. Antes de ser mayores de edad, no tenemos el derecho de ordenar, de mandar, porque sería volvernos adultos antes de tiempo.

La vida espiritual comporta períodos de transformación que marcan el paso de una etapa a otra, de la misma forma que en la vida fisiológica se produce, por ejemplo, la pubertad o la menopausia. Estas transiciones no se manifiestan de manera tan aparente en el plano espiritual, pero son muy significativas, porque producen grandes cambios en la vida interior. Así pues, de la misma forma que en la vida física se produce el paso de la infancia a la adolescencia y después a la edad adulta, en nuestra evolución espiritual también está previsto este paso. Tenemos que seguir siendo niños hasta que no hayamos alcanzado la madurez de adultos. Pero después,

una vez que ya seamos adultos, ya no tenemos que seguir comportándonos como niños.

Ahora, bajo este enfoque, las palabras de Jesús son más fáciles de comprender : «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios». Sí, a partir del día en que dejáis de confiar en el Padre Celestial, en la Madre Divina, en que dejáis de amarles, de abandonaros en sus manos, empezáis a sentir las cargas de la vida, la miseria, la fealdad, os cansáis, ya no tenéis la alegría del niño despreocupado, que juega y que canta ; os arrugaréis, os apergaminaréis, porque tenéis demasiado peso sobre vuestras espaldas. Pero si, aún teniendo responsabilidades de adultos, queréis seguir siendo, a pesar de vuestros deberes y de vuestras cargas, hijos celestiales, confiados, persuadidos de tener arriba unos padres que os aman, entonces os desarrollaréis plenamente, os transformaréis en seres sonrientes, hermosos, luminosos.

¿Está claro ahora ? Todos nosotros tenemos que ser, de ahora en adelante, hijos del Cielo ; así sentiremos el amor de nuestro Padre y de nuestra Madre, su presencia, su ayuda que nos sostendrá, protegerá, animará e iluminará. Mientras que todos aquellos que se creen superiores, que se permiten romper sus lazos con el Cielo, se sienten desgraciados, abandonados en medio del frío y de la soledad. Este es el estado en que se encuentran actual-

mente muchos que se creían muy maduros, muy inteligentes y muy poderosos.

Las dificultades y las cargas pesan sobre aquellos que han abandonado a sus padres celestiales. Sed, pues, como niños, agarraos a vuestro Padre y a vuestra Madre celestiales, tened plena confianza en ellos. Para aquél que se siente hijo de Dios, todas las dificultades acaban por resolverse, porque el Cielo nunca deja que un hijo suyo lllore en soledad, siempre acude a socorrerle.

III

EL MAYORDOMO INFIEL

« Jesús dijo a sus discípulos: Erase un hombre rico que tenía un mayordomo, al que denunciaron ante él por haber disipado sus bienes. Llamóle, pues, y díjole: ¿Qué es lo que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no sirvo para cavar, y tampoco me atrevo a mendigar. Pero ya sé lo que he de hacer para que cuando me despidan de mi mayordomía, encuentre quien me reciba en su casa. Llamando, pues, a cada uno de los deudores de su amo, díjole al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Este le respondió: Cien barriles de aceite. Díjole: Toma tu factura, siéntate, y haz al instante otra de cincuenta. Dijo después a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Respondió: Cien cargas de trigo. Díjole: Toma tu factura y escribe ochenta. El amo alabó al mayordomo infiel que hubiese sabido portarse sagazmente: porque los hijos de este

siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz.

Así que os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas de la iniquidad, para que, cuando éstas os falten, seáis recibidos en las eternas moradas. Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco también lo es en lo mucho. Si en las falsas riquezas no habéis sido fieles, ¿quién os fiará las verdaderas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién pondrá en vuestras manos lo vuestro? Ningún criado puede servir a dos amos, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o se vinculará al primero y menospreciará al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

San Lucas 16: 1-13

Esta parábola es muy difícil de interpretar y nunca hasta ahora he leído ni oído ningún comentario filosófico o teológico que dé una explicación verídica de la misma.

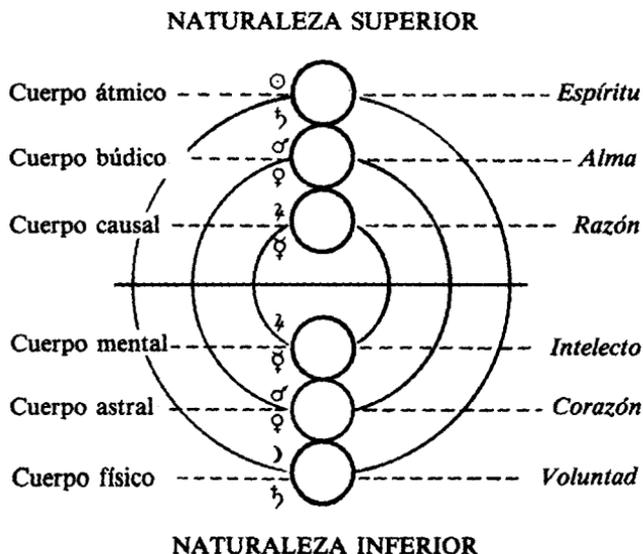
Jesús presenta el caso de un mayordomo que se muestra infiel a su amo y, sorprendentemente, nos aconseja que le imitemos: «Así os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas de la iniquidad... y después añade: «porque quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho». Después de haber alabado la infidelidad, ¡parece que Jesús alaba la fidelidad! «Si en las falsas riquezas no habéis sido fieles, ¿quién os fiará las verdaderas?»

¿Acaso alienta Jesús, a la vez, la fidelidad y la infidelidad? A primera vista, esta parábola es incomprensible.

Para captar el sentido de este texto, es necesario, en primer lugar, considerar al ser humano tal como lo ve la Ciencia iniciática, con sus dos naturalezas, la inferior y la superior. Estas dos naturalezas tienen las mismas facultades de pensar, de sentir y de obrar, pero en dos direcciones opuestas. Desde un punto de vista filosófico, es imposible encontrar la frontera exacta entre estas dos naturalezas, porque se funden la una en la otra (un poco como los colores del espectro que se distinguen muy netamente de lejos, pero cuya línea de separación no podemos discernir de cerca), aunque desde un punto de vista práctico, en la vida corriente, si sabemos observarnos, distinguimos perfectamente la una de la otra.

Antes de ir más lejos, detengámonos en este esquema que os clarificará esta cuestión de las dos naturalezas. Ambas presentan tres divisiones que corresponden a las tres funciones del hombre: intelecto, corazón y voluntad, o bien, pensamiento, sentimiento y acción. Cada una de estas funciones posee un asiento, un vehículo, un cuerpo, a través del cual se expresa. En la parte que representa la naturaleza inferior encontramos los cuerpos físico, astral y mental, y en lo que representa a la naturaleza superior, los cuerpos causal, búdico y átomico.

Podemos, igualmente, utilizar otros términos. Para la naturaleza inferior, podemos decir: voluntad, corazón, intelecto; y para la naturaleza superior: intelecto superior (o razón), corazón superior (o alma), y voluntad superior (o espíritu).



Os preguntáis, quizás, qué representan los tres grandes círculos concéntricos. Muestran la conexión que existe entre los cuerpos superiores y los inferiores. El cuerpo átomico, que corresponde al espíritu, y que es la fuerza, el poder, la voluntad divina, se refleja a través del cuerpo físico que, a su vez,

representa la fuerza, la voluntad y el poder en el plano material. El cuerpo búdico, que representa el alma con todos los sentimientos más elevados de amor, de sacrificio, de bondad, está conectado con el corazón humano o cuerpo astral. El cuerpo causal, vehículo de los pensamientos más amplios y más luminosos, está conectado con el intelecto o cuerpo mental. Estas conexiones pueden explicarnos un gran número de casos oscuros en la vida y muchos pasajes de los Libros sagrados.

Cada uno de estos cuerpos está sometido a la influencia de los signos del zodiaco y de los planetas. Observad por ejemplo: el cuerpo físico se encuentra bajo la influencia de la Luna y de Saturno, y el cuerpo átmico bajo la del Sol y de Saturno. Los cuerpos astral y búdico están influenciados por Venus y Marte, y los cuerpos causal y mental por Mercurio y Júpiter.

En la simbología tradicional se da una importancia especial a las dos luminarias, el Sol y la Luna, porque nuestra tierra está particularmente sometida a sus influencias. A veces predomina la del sol, y otras veces la de la luna. El sol, la luna y la tierra representan la división ternaria, espíritu, alma y cuerpo, que refleja los tres mundos: mundo divino, mundo psíquico y mundo físico. El sol también es el símbolo de la estabilidad engendrada por la razón, la naturaleza superior, mientras que la luna es el símbolo de la turbación y de la fermentación que pro-

ducen las pasiones, la naturaleza inferior. Para simplificar las cosas, llamaremos a la naturaleza superior, individualidad, y a la naturaleza inferior, personalidad. Más adelante os explicaré por qué.

La personalidad está representada por la mitad inferior del esquema, y la individualidad por la mitad superior. La individualidad se manifiesta a través de las virtudes más elevadas: la sabiduría (el plano causal), el amor (el plano búdico) y la verdad (el plano átomico). Cada virtud posee un poder particular: la sabiduría confiere al hombre la luz, el saber verdadero basado en los principios eternos; el amor le da el placer de vivir, la felicidad; la verdad le proporciona libertad. La verdad puede dar al hombre la felicidad y el placer de vivir, pero únicamente a través del amor. Por sí misma no puede darlos sino que, por el contrario, muchas veces ocasiona sufrimientos y tormentos. Por eso, muchos hombres se niegan a ver la verdad, la temen. La sabiduría puede liberar al hombre y darle la felicidad, pero únicamente a través de la verdad y del amor. La sabiduría no puede liberar al hombre ni hacerle feliz, antes al contrario, le vuelve melancólico y le descorazona. En cuanto al amor, no puede ni liberar, ni iluminar; tan sólo aporta expansión, alegría, vida. Pero el amor, la sabiduría y la verdad reunidos confieren la plenitud, las bendiciones del Cielo, la perfección del ser.

Desgraciadamente la mayoría de los humanos buscan la libertad, la felicidad y la luz en las expresiones de su naturaleza inferior. No ; con la personalidad sólo se encuentra la esclavitud en el plano físico, las penas en el plano astral, y los errores en el plano mental. Esto es todo lo que la personalidad puede dar, a pesar de sus apariencias seductoras.

¡ Cuánta gente malgasta su vida tratando de contentar la propia personalidad o la de los demás ! La madre trata de satisfacer los caprichos de su hijo, el marido los de su mujer, la mujer los de su marido.. Y, ¿ qué sucede entonces ? La personalidad, que es ingrata por naturaleza, olvida inmediatamente el bien que le han hecho y, en vez de estar agradecido, muestra indiferencia, desprecio, incluso odio. Aquél que únicamente satisface en los demás el lado inferior, no será nunca por ello recompensado, debe saberlo ; y si después tiene contratiempos, que no se queje, no tiene derecho a ello. E incluso, antes de sacrificarse por los demás, uno tiene que preguntarse a quién se está sirviendo, a la naturaleza superior o a la naturaleza inferior.

Si no queréis sentirnos defraudados por los seres humanos, trabajad para alimentar su alma, su espíritu, es decir, para iluminarles, para conducirles hacia la Fuente, hacia Dios, a fin de que le conozcan, le alaben y le glorifiquen. ¡ Cuántas personas

se sorprenden continuamente al ver que la fe y la confianza que pusieron en los demás son traicionados! Pero es porque alimentaron a su naturaleza inferior. A menudo, oímos a padres que dan consejos a sus hijos únicamente dirigidos a la satisfacción de su personalidad: les enseñan la astucia, la sed de dinero o de placeres, la búsqueda de su bienestar personal en detrimento del de los demás. Al crecer, estos niños tan bien instruidos ponen en práctica estos consejos... y empiezan a hacerlo en detrimento de sus propios padres, los cuales, ¡evidentemente, se lamentan! Si fuesen honestos, se darían cuenta que los culpables son ellos mismos.

Los hombres aprecian lo que hacéis para su satisfacción material, para su cuerpo físico, mientras que el Cielo, en cambio, tan sólo aprecia lo que hacéis por su alma y su espíritu. ¿Qué quedará del alimento que habéis dado a vuestros amigos si no le habéis añadido otra clase de alimento que dura eternamente: el amor, la luz, la libertad? Hay que cambiar el concepto que se tiene de la caridad, porque hay una caridad que no produce ningún efecto, que desaparece y se olvida muy pronto, y otra cuyos efectos son duraderos. Las personas corrientes no saben alimentar el espíritu de los demás, ni embellecerlos, ni reforzarlos, pero la verdadera caridad, la de los Iniciados, consiste en restablecer al hombre en la realeza de su espíritu.

Puede suceder que un Maestro se ocupe de la

personalidad de sus discípulos (es decir, que les cure, o que les dé ayuda material), pero lo hace como algo secundario. Con frecuencia, la caridad que se practica corrientemente desarrolla en los hombres los peores defectos: les incita a la pereza, a aprovecharse de los demás cada vez más, aumentando su certeza en la credulidad y en la ingenuidad de los seres caritativos, de manera que, en vez de ser útiles, libres, independientes y capaces de valerse por sus propios medios, se convierten en verdaderos parásitos de la sociedad. Lo que os digo de la personalidad no significa que haya que eliminarla, borrarla, aniquilarla. No; debe ser la sirvienta de la individualidad. Sin la personalidad, la individualidad no puede manifestarse. La personalidad es comparable a la forma y la individualidad al contenido. La forma es necesaria, pero debe expresar el contenido. Si la forma es estúpida, sin sentido, se produce la completa esclavitud del ser humano.

Cuando la personalidad se convierte en su sirvienta, el espíritu humano podrá hacer milagros. Sabed que la personalidad obstaculiza al espíritu y le impide comprender, crear y obrar libremente. Observad los caracteres a vuestro alrededor y os daréis cuenta que, cuanto más predomina la personalidad, más limitadas y llenas de prejuicios están las personas. Ahora bien, el más mínimo prejuicio en las opiniones filosóficas o religiosas, en las relaciones con los humanos o en el trabajo, aca-

rra complicaciones en la comprensión y en la actividad. Y no hay peor prejuicio que el de la personalidad que se irrita, que se defiende, que se venga y que cambia continuamente de punto de vista. La personalidad está condenada a no ver nunca la realidad de las cosas porque todas sus empresas tienen un objetivo interesado. Cuando un Maestro ve que vienen a su escuela seres con una personalidad muy desarrollada, ya prevé qué obstáculos encontrarán y qué dificultades tendrá para instruirlos. Para un Maestro existe una fórmula absoluta: cuanto más domina uno la personalidad, es decir, cuanto más se limita y se contiene, tanto más se libera y se refuerza.

Detengámonos ahora en los términos «personalidad» e «individualidad». En el lenguaje corriente, empleamos indistintamente uno y otro término, y se dice de un hombre que tiene una fuerte personalidad o bien una fuerte individualidad para expresar exactamente la misma cosa. Quizás encontréis otras definiciones en los diccionarios, pero para lo que quiero explicaros en relación con la naturaleza superior y la naturaleza inferior en el hombre, os diré que para ese término «personalidad» podemos partir de la etimología de la palabra latina: persona. Persona, es la máscara que el autor se ponía en el teatro para actuar; porque, en la antigüedad, como sabéis, los actores llevaban una máscara. Ima-

ginaos, pues, a un actor : un día interpreta el papel de un hombre sabio y sensato, y otro día el de un criminal, el de un traidor o el de un seductor. Sucesivamente es Cirano de Bergerac, Harpagon, Alejandro Borgia y San Luis. Estos diversos papeles representan a la personalidad cambiante, efímera. La individualidad es el artista, que sigue siendo él mismo mientras está representando todos estos papeles.

Este ejemplo del actor nos muestra que la personalidad es mortal, perecedera ; como el papel, que termina con la representación, no dura más que una encarnación. En la próxima encarnación aparece otra personalidad. En el transcurso de estos cambios de personalidad, la individualidad, en cambio, no varía, sigue siendo una aunque progrese a lo largo de los milenios, acumulando las experiencias que ha hecho a través de las diversas personalidades. Se manifiesta sucesivamente en un papel y luego en otro, tomando distintas personalidades en cada encarnación.

Todo eso es muy fácil de comprender y nos permite entender que aquél que es rico, sano y hermoso en esta existencia, puede, si no hace ningún esfuerzo espiritual, volver de nuevo en la próxima encarnación pobre, enclenque y feo. Por el contrario, aquél que trabaja con su espíritu, con una inteligencia divina o con su alma (al mismo tiempo que representa ese papel que le impone esta encarnación),

adquiere cualidades, virtudes y riquezas que permanecerán en su individualidad y le pertenecerán eternamente. Cuando deje de representar el papel de su personalidad, se irá con este bagaje espiritual y viajará después por el universo con estos bienes reales, nadie podrá quitárselos. A semejanza del actor que, sacando provecho de los papeles que representa para mejorarse y engrandecerse, deja la escena con unas ideas más amplias, el hombre debe salir de la escena terrestre enriquecido por su experiencia.

¿Qué hace con sus bienes aquél que, en el transcurso de su existencia, no ha acumulado más que riquezas materiales? Cuando deja su papel terrestre, se ve forzado a abandonarlos — esa es la ley — y se encuentra súbitamente pobre, despojado de todo. Y su individualidad, que se va también sin equipaje, es decir, sin ninguna adquisición espiritual, volverá a la tierra pobre y desnuda y deberá encarnarse en una personalidad privada de bienes, puesto que no los ha merecido. Este ser deberá, pues, empezar de nuevo a trabajar enormemente para adquirir riquezas, una posición, casas, etc...

No quiero decir que haya que renunciar a poseer objetos materiales, vestidos, propiedades... No; todas estas cosas son necesarias en la tierra, lo mismo que el decorado y los trajes son indispensables para el actor, pero no más.

Ahora estáis ya suficientemente preparados para

comprender el sentido de la parábola del mayordomo infiel.

La personalidad y la individualidad tienen su sede en el «gran mundo», el macrocosmos: el universo, pero también en el «pequeño mundo», el microcosmos: el hombre. En el hombre, la personalidad tiene su asiento en el vientre y el bajo vientre, es decir, que se encuentra por debajo del diafragma. La individualidad se asienta en los pulmones, el corazón y el cerebro, es decir, que se encuentra por encima del diafragma. La línea horizontal del esquema que os he dado, corresponde, pues, al diafragma.

Quizá creáis que todo lo que está situado por debajo del diafragma está desprovisto de pensamientos, de sentimientos y de actividad. Desengañaos. El vientre tiene un cerebro, un corazón y una voluntad. ¿Por qué se dice de ciertas personas que tienen «el corazón en el vientre»*. No tengo intención de crear una nueva anatomía, pero debéis saber que estas dos regiones, la de encima y la de debajo del diafragma, representan a dos amos con los que vive el hombre y a los que debe servir. Sí, se trata de algo mucho más complejo.

Cuando el hombre viene a la tierra, se pone al servicio de un amo, el cuerpo físico, con todos sus instintos: pero, tarde o temprano, es despedido, es

* Expresión francesa que significa ser animoso.

decir, muere. Si es inteligente, debe reflexionar de forma parecida al mayordomo infiel: «¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no sirvo para cavar, y tampoco me atrevo a ...» El mayordomo sensato sabe muy bien que cuando deje su cuerpo físico, este amo eternamente descontento, aún querrá trabajar en la tierra, pero que ya no podrá hacerlo. Debido a que ha conservado en el astral las mismas necesidades en cuanto a alimentación, bebida y disfrute de todo tipo de placeres, sentirá la tentación de mendigar, es decir, de descender hasta los seres vivos para satisfacerse a través de ellos. Esto es lo que les sucede a los mayordomos que permanecen infieles a su personalidad: una vez en el otro mundo, se convierten en mendigos en el plano astral y acuden a todos los lugares malsanos en donde se divierte la multitud, para participar en sus jolgorios.

Sin embargo, el mayordomo infiel del que nos habla Jesús era inteligente; no quería formar parte de esta categoría de espíritus mendigos. Aconsejado por su razón, decidió ganarse amigos gracias a las riquezas injustas, y reducir la deuda a los deudores de su amo. ¿Qué significa eso? Que en vez de dar a su vientre y a sus diferentes órganos abundantes banquetes y excesivos placeres como hacen normalmente la mayoría de los humanos, disminuyó la proporción de alimentos o de satisfacciones que creía deber a cada uno de ellos. Dicho de otra forma,

estableció un régimen restrictivo para la personalidad, disminuyendo el número de comidas copiosas, de vasos de alcohol, de cigarros, de amantes; y las fuerzas, los pensamientos, el tiempo, que debían ser consagrados y devorados por el amo insaciable, los dió el mayordomo: secretamente a los amigos invisibles de las moradas eternas. Es decir, que economizó un capital para depositarlo en un banco celestial, a fin de que, cuando fuese a presentarse a la ventanilla de este banco, le reconociesen, le acogiesen. Consagró tiempo y energías a la individualidad, le dió una parte de su amor, de sus pensamientos y de sus sentimientos en vez de reservarlos para la personalidad. Fue pues infiel a la personalidad, ganándose amigos gracias a las riquezas que retiró «injustamente».

Si no interpretamos así los términos de esta parábola, no podemos comprender por qué el mayordomo fue alabado por su amo. ¿Quién es este amo que le alabó? La personalidad, no, ciertamente, ya que habiendo sido perjudicada no puede felicitarle. Por tanto, es la individualidad la que le dijo: «Eres muy inteligente. Has obrado muy bien». Porque sólo hay una infidelidad, una injusticia que está permitida: la que se comete hacia la personalidad, es decir, respecto a lo inferior y perecedero. No tenemos derecho a ser infieles a Dios, a los ángeles, a la pureza o a la bondad. Pero el mundo entero es fiel al vientre y al sexo, es decir, a la personalidad,

e infiel a Dios. Todos tienen prisa cuando se trata de contentar sus pasiones, sus deseos inferiores, pero traicionan continuamente al Señor. Cuántos hombres son fieles al dueño de su taberna: ¡le visitan todos los días! Otros son fieles a su tabaco o a una pasión cualquiera, a un vicio, a una costumbre mal-sana. Muy pocos son fieles a unas costumbres de tipo superior. Y, sin embargo, la verdadera fidelidad consiste en no descuidar nunca la oración, el estudio, la meditación y todos los ejercicios espirituales.

Os preguntáis quizá qué representan los deudores a quienes se perdonó la deuda, y de qué naturaleza era esta deuda. Los deudores son entidades del mundo invisible, los cuales, al venir a tomar del hombre ciertos elementos espirituales, deben pagar-selos bajo forma de energías y de fuerzas menos sutiles. Al perdonar sus deudas a estas entidades, el hombre renuncia a las fuerzas que éstas le habían dado, es decir, que se adentra en la vía de la abstinencia, practica el ayuno, la castidad, el silencio, la oración, la meditación. Con estas medidas restrictivas el cuerpo físico gasta menos energías. Hay que saber que cuando el cuerpo físico renuncia parcialmente a sus apetitos, el lado superior, que ya no tiene que suministrar tantas fuerzas y fluidos, se refuerza. Mientras que si el lado inferior come y se divierte a raudales, el lado superior no puede manifestarse y se debilita, porque él es quien

suministra las energías que se manifiestan en el plano físico.

Observaréis, sin embargo, que Jesús no dijo en la parábola que el mayordomo infiel hubiese perdonado a los deudores la totalidad de sus deudas, sino tan sólo una parte. Esto significa que las restricciones no deben practicarse en exceso, que no hay que ir hasta el límite, hasta la mortificación y el ascetismo absolutos. Jesús muestra que el hombre debe trabajar para el primer amo (la individualidad), pero que no tiene derecho a abandonar al segundo (la personalidad), es decir, que no tiene derecho a privarse de todo y a dejarse morir a fuerza de renunciaciones. Debe ser infiel al segundo amo, pero sólo en cierta medida.

Tomemos el ejemplo de una mujer que sólo se interesa por su apariencia física: descuida enteramente su desarrollo intelectual y espiritual para preocuparse solamente de su cuerpo físico y de su rostro. Efectivamente, se vuelve extremadamente seductora, dulce como la miel que atrae desde lejos a las avispas y a las moscas; tiene numerosos amigos, la festejan por todas partes... Pero unos años más tarde, ya no es tan atractiva y sus amigos la abandonan. Lo cual es completamente normal porque la gente busca tan sólo aquello que puede darle algo; ahora que ya no tiene belleza, no le queda nada. Si esta mujer hubiese obrado como este mayordomo infiel y razonable, si hubiese previsto

que un día su amo la expulsaría, se hubiera preparado para este cambio de situación, habría empezado a estudiar, a desarrollar la bondad y la inteligencia para conservar a sus amigos cuando ya no le quedase belleza. Los habría conservado, ¡ porque habría seguido siendo agradable a pesar de la edad !

He observado, muy a menudo, que las mujeres que han cultivado su individualidad se vuelven más radiantes, encantadoras y luminosas a medida que envejecen. Mientras que de las otras ¡ es preferible no hablar !...

Puesto que para cada uno de nosotros tiene que llegar el momento en que seamos despedidos por nuestro amo, debemos prepararnos y encontrar amigos en el otro plano. Porque estos amigos no se encuentran en el plano físico ; la frase de la parábola es simbólica : « Y yo os digo : granjearos amigos con las riquezas de la iniquidad ». Y, ¿ cómo granjearos amigos ? Reduciendo las dosis. Si pensábais hasta ahora que debíais a vuestro amo, el estómago, cinco docenas de ostras, un kilo de caviar, una docena de salchichones, varios pavos, etc... todo ello copiosamente regado con los mejores vinos y seguido de algunos licores y cigarrillos, procurad reducir un poco este menú : seguiréis estando bien alimentados y habréis perdonado las deudas a ciertas entidades que tenían que administrar las fuerzas necesarias para digerir semejante comida. De esta manera os granjearéis amigos entre

estas entidades invisibles, las cuales, más tarde, os recibirán en las moradas eternas.

Esta restricción concerniente al estómago debe ser comprendida no sólo para los goces y placeres del plano físico, sino también para los del plano astral y mental que pertenecen a la personalidad, tal como os lo mostré en el esquema. Y cuando Jesús dice: «Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Si en las falsas riquezas no habéis sido fieles, ¿quién os confiará las verdaderas?», ello significa que si no sois fieles a la individualidad en las pequeñas cosas terrestres, no os podrán ser confiadas las grandes riquezas del espíritu.

Diréis «Bien, hemos comprendido: tenemos que alimentar a la individualidad pero tampoco debemos dejar que la personalidad muera de hambre, pero, ¿cómo saber lo que debemos dar a la una y a la otra?» Para responder, me basaré en la escena del Evangelio en la que los fariseos plantean una pregunta a Jesús respecto al impuesto del César, esperando que su respuesta les permitiese acusarle. Le preguntan: «¿Hay que pagar el impuesto al César?» Pero Jesús viendo su malicia — porque leía sus pensamientos — les responde: «Dadme una moneda». Le presentan una. «¿De quién es esta imagen? — Del César, le respondieron. Dad pues al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios».

¿Quién es el César? No es sino una de las formas de la personalidad. Sí, todos nosotros tenemos un César que reclama constantemente y hay que darle algo puesto que tiene que vivir, pero no todo. Diréis: « Pero, entonces, ¿ cuánto hay que darle? »

Para que esto quede claro, voy a presentaros una imagen. Hela ahí: Quemáis un trozo de madera, una rama de árbol, ¿ qué veis? Llamas, llamas que centellean, después gas, aunque en menor cantidad; luego vapor de agua, menos aún; y, finalmente, queda un poco de ceniza... muy poca. Y, ¿ adónde han ido estos elementos? El fuego, el gas y los vapores han subido hacía el cielo, únicamente ha quedado la ceniza. Esto os indica lo que hay que dar a la personalidad: solamente una cuarta parte, la que corresponde a la tierra, y a la individualidad las tres cuartas partes restantes. Sí, basta con un cuarto para la personalidad; hay que ocuparse de ella, alimentarla un poco para que no muera, pero hay que enviar todo lo demás a la individualidad.

Jesús dijo muchas cosas a sus discípulos, pero los evangelistas sólo relataron una pequeña parte de sus explicaciones. Y ahora hay que interpretarlas, lo cual no es fácil. Hay, evidentemente, una posibilidad de interpretación que consiste en estudiar cada palabra, en comparar las diferentes versiones, en remontarse a los textos hebreos y griegos primitivos, en investigar las lagunas, las defor-

maciones, voluntarias o no, las copias mal hechas, en profundizar ciertas cuestiones desde el punto de vista histórico, etc... Esto es lo que se llama «*exégesis sagrada*». Todo el mundo se lanza a este género de investigaciones, pero nunca se llegará, de esta forma, a encontrar la clave de las Escrituras, aunque se continúe trabajando durante toda la eternidad. A mí no me interesa saber cómo fueron escritos los Libros sagrados, ni en dónde se encuentran los errores de traducción y de reproducción. Lo que me interesa es saber lo que pensaba Jesús, lo que había en su cabeza y en su alma en el momento en que hablaba en parábolas, y esto es difícil saberlo mediante la exégesis. Las palabras de Jesús están aún vivas en los archivos cósmicos, en los Registros Akásicos, y hasta él debemos elevarnos para descubrir su sentido. Cuando lo hayamos comprendido, podremos volver al texto para interpretarlo.

Con los medios del intelecto corriente, no podemos captar más que el plano de la forma. Sin embargo, la verdad no se encuentra en la forma; sólo descubrimos la verdad cuando nos elevamos muy arriba. El sentido verdadero está en los planos superiores, y si no interpretamos los Libros sagrados elevándonos interiormente, no podremos penetrar su sentido. El primer método, la exégesis, es el de la personalidad; el segundo es el de la individualidad. Mediante el método de la individualidad, el espíritu accede a las regiones más elevadas

en donde se encuentran las explicaciones de todas las cosas, mientras que el método de la personalidad le hace descender hasta donde sólo se encuentran migajas, trozos deformados de la verdad. Con las grandes discusiones y las eruditas argumentaciones, nos alejamos del significado y del contenido, los cuales se hacen cada vez más inalcanzables.

Jesús termina la parábola hablando de dos amos. «Nadie puede servir a dos amos, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o se vinculará al primero y menospreciará al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas.» Esto quiere decir: no podéis servir a la vez a vuestra naturaleza superior y a vuestra naturaleza inferior. Y más adelante se dice: «Aquél que es elevado entre los hombres es una abominación ante Dios». Por tanto, lo que es glorioso para la personalidad, para el mundo, es odioso para la individualidad, para el espíritu. La personalidad busca la aprobación del público, de la muchedumbre ignorante, mientras que la individualidad busca la del mundo divino.

Pero ya os lo dije y lo repito: no hay que matar a la personalidad. La personalidad es estupenda cuando actúa como una sirvienta en manos de la individualidad. Sin la personalidad nada podemos hacer en la tierra; pero, cuando quiere representar el papel de dueña, sólo puede darnos malos consejos.

IV

«ACUMULAD TESOROS...»

«No acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban. Acumulad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen y donde los ladrones no horadan ni roban. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón».

«Nadie puede servir a dos amos, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o se vinculará al primero y menospreciará al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas».

San Mateo. 6: 19-20, 24

Este pasaje del Evangelio de San Mateo debe relacionarse con el capítulo 16 de San Lucas, que trata del mayordomo infiel. En primer lugar, ambos vislumbran de idéntica manera la cuestión de las riquezas y, después, uno y otro son seguidos de un comentario sobre los dos amos: «Nadie puede servir a dos amos, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o se vinculará al primero y menospreciará al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas».

«No acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban. Acumulad tesoros en el cielo...» para Jesús existen, pues, dos tipos de bancos muy diferentes: los bancos de la tierra y los bancos del cielo, y ambos tienen, evidentemente, empleados bien distintos. Estos dos bancos están en el propio hombre y funcionan simultáneamente en un edificio común: su fuero interno. Pero estos dos bancos sólo son, en realidad, sucursales de los grandes bancos cósmicos que los alimentan.

¿Os asombra que utilice semejantes comparaciones para interpretar los Evangelios?... Lo hago porque la vida de nuestro mundo visible está construido según el modelo de las realidades invisibles. Lo que hay abajo es un reflejo de lo que hay arriba; digo bien un reflejo, porque ni la belleza, ni la luz del mundo invisible pueden encontrarse en la tierra, pero existen correspondencias que permiten comparar los dos mundos y comprender lo que se encuentra en el mundo de arriba gracias a lo que vemos en el mundo de abajo, nuestro mundo. ¿Qué son, pues, estos dos bancos de la tierra y del cielo? Son la personalidad y la individualidad de las que ya he hablado.

Se puede decir que un banco terrestre se compone, en general, de tres servicios diferentes: El primer servicio es el de los depósitos, con cajas fuertes en las que se ponen las reservas a buen recaudo.

El segundo servicio se ocupa de los intercambios de capitales, de los préstamos. El tercero se interesa por las operaciones financieras, por las especulaciones. Pues bien, estos tres servicios los encontramos exactamente en la estructura de la personalidad. Las cajas fuertes corresponden a las reservas del cuerpo físico. El servicio de intercambio de capitales corresponde a los sentimientos, al plano astral, al mundo del corazón, que establece sin cesar relaciones basadas en el interés. El servicio de las especulaciones corresponde al plano mental, al intelecto que sólo piensa en urdir artimañas contra los demás, imaginando las ventajas que podrá obtener a expensas de su ruina actual o futura. El banco terrestre siempre se enriquece a expensas de los demás, tratando al mismo tiempo de convencer al mundo entero de que lo que hace, siente y piensa sólo está inspirado por el amor y el respeto al prójimo.

Os decía hace un rato que cada una de las palabras de Jesús está llena de significado. Vamos a ver lo que quiere decir: *Acumulad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen y donde los ladrones no horadan ni roban*», deteniéndonos en estas tres palabras: orín, polilla y ladrones.

Empecemos por el orín. Siempre se ha dicho que los alquimistas buscaban la piedra filosofal para transformar los metales en oro. ¿Por qué en oro? Porque es el único metal inoxidable, inatacable por

el agua, el aire y los ácidos; sólo es soluble en una mezcla de ácido nítrico y ácido clorhídrico llamada agua regia. El hierro, por el contrario, es sabido que se oxida muy fácilmente al entrar en contacto con el aire húmedo, formando el orín que lo destruye poco a poco. El orín puede ser considerado, pues, como el símbolo de las materias que atacan a los metales y, de forma general, al reino mineral. Ahora bien, en la jerarquía de los reinos de la naturaleza, el reino mineral corresponde al plano físico; el orín simboliza, pues, lo que destruye el plano físico, el cuerpo humano.

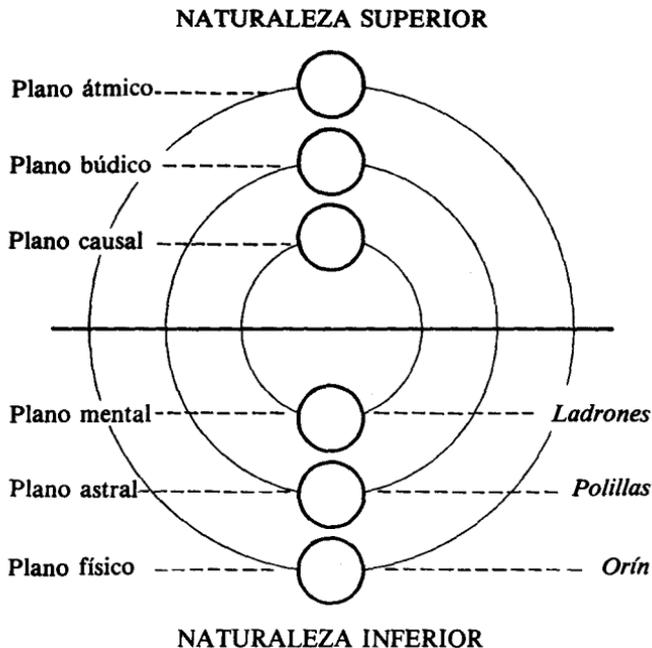
Con la polilla entramos en el mundo astral, que es el mundo del corazón, de los sentimientos. Un ser cuyo corazón está lleno de odio, de duda, de orgullo, de desprecio, de violencia, es presa de los gusanos. ¿Por qué se dice, precisamente, que «se carcome»?... Si, creyendo destruirlo, partimos el gusano en pedazos, vemos que, en realidad, éste se multiplica. Desde el punto de vista simbólico es éste un fenómeno muy significativo que encontramos de nuevo en el combate mítico de Hércules contra la hidra de Lerna. La hidra era una monstruosa serpiente de siete cabezas, las cuales volvían a crecer a medida que eran cortadas; para vencerla, había que cortar las siete cabezas a la vez. Hércules consiguió vencer a la hidra por el fuego. Esta hidra representa a los siete pecados capitales que renacen a medida que tratamos de aniquilarlos. Sólo existe

un medio de destruirlos: el fuego divino del amor que quema todas la cabezas a la vez. Pero lo que quería simplemente decirnos es que, al hablar de las polillas, Jesús se refería a los enemigos que nos atacan en el plano astral, a ciertos deseos que nos carcomen.

Los ladrones son también un símbolo. El ladrón llega provisto de llaves falsas, de un puñal, o de un revólver, y espera que llegue la noche para ponerse a trabajar. Cuando, por fin, todas las luces están apagadas y la gente está durmiente, se desliza dentro de la casa. Los ladrones son el símbolo de nuestros enemigos en el plano mental. Aquél cuya inteligencia está ensombrecida o adormecida será atacado por los ladrones, porque éstos se encuentran en todos los lugares donde reina la oscuridad: estos ladrones son entidades invisibles, dudas, inquietudes, que viven dentro de vosotros. Todos los pensamientos que os dejan indefensos, que os debilitan, que os agotan, ¿acaso no son ladrones que han venido y se han llevado vuestros bienes? Mostradme vuestros tesoros de fuerza, de gozo, de paz... ¿No podéis? Se debe a que os han visitado los ladrones. Los ladrones son los pensamientos que trabajan en la oscuridad para quitaros vuestras inspiraciones, vuestra fe, etc...

El orín, la polilla, y los ladrones de los que hablaba Jesús corresponden, pues, a los planos físico, astral y mental, y podemos situarlos en el

esquema que hemos estudiado en las conferencias precedentes :



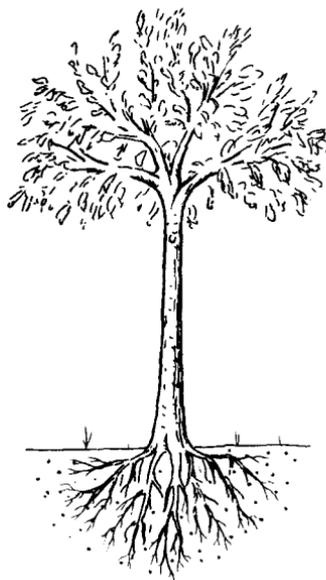
Un día, una barra de hierro cubierta de orín preguntó a un arado que retornaba a la granja por qué estaba tan reluciente. «Porque trabajo, respondió el arado; tú vives perezosamente, y por eso estás cubierto de orín». La voluntad de los perezosos es atacada por el orín. En cuanto al corazón del hombre sensual, es carcomido por la polilla. Y el intelecto oscuro es visitado fatalmente por los ladrones. Jesús nos pone en guardia contra estas tres cate-

gorías de enemigos, diciendo: « No acumuléis tesoros en la tierra... » Porque, mirad lo que le sucede a aquél que se limita a los tesoros de la tierra: empieza por no querer caminar, ya que no necesita hacerlo al poseer automóvil, no escribe porque tiene secretarias que lo hacen por él; no habla porque otros hablan por él; y tampoco piensa, porque también otros piensan por él. No le queda, pues, otra alternativa que comer, beber, dormir, tener amantes, etc... Poco a poco se hunde en la inercia, en las pasiones y en la oscuridad: ha amontonado tesoros en un banco que, tarde o temprano, es atacado por el orín, la polilla y los ladrones.

Más adelante, el propio Jesús da la explicación de sus consejos: « Porque donde esté tu tesoro, estará también tu corazón ». Sí, esto también hay que saberlo, porque en la tierra todo cambia: no conservamos eternamente las casas, las fábricas, los coches, ni la mujer, que quizá tenga amantes (o el marido, que quizá tenga queridas), ni los hijos, que a menudo se vuelven contra sus padres. Y, cuando el hombre pierde lo que ama, ¿ qué le queda?... Si vuestro corazón está en la caja fuerte, y ésta se vacía, vuestro corazón también se vaciará. Si amáis físicamente a una mujer, y ella os abandona, vuestro corazón quedará destrozado. Por tanto, cuando Jesús decía: « No acumuléis tesoros en la tierra... sino en el cielo », ello significaba: « Desapegaos de los tres principios inferiores de vuestra personali-

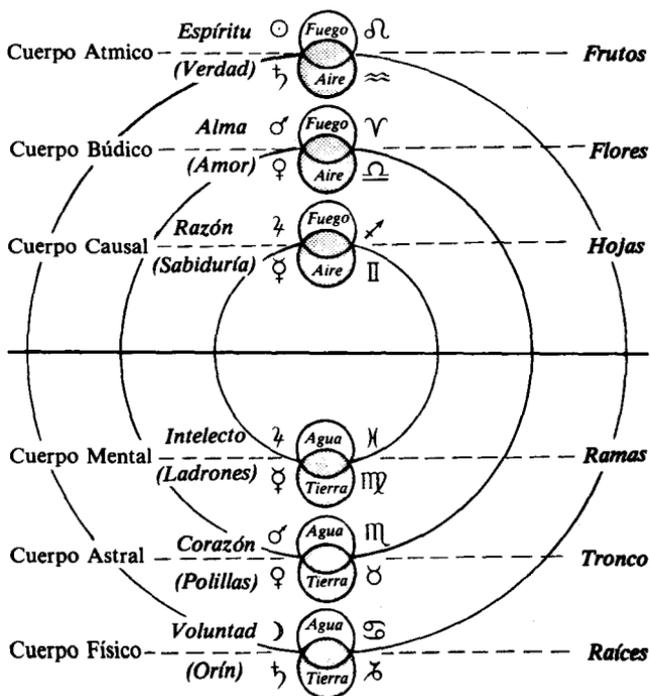
dad y conectaos con los tres principios superiores de vuestra individualidad, y entonces nunca tendréis que temer al orín, la polilla y los ladrones».

Consideremos ahora la imagen del árbol. Se puede decir que, esquemáticamente, está compuesto por dos conos: el cono de las ramas, cuya cúspide está arriba, y el cono de las raíces, cuya cúspide está abajo.



El cono cuya cúspide está arriba es el símbolo de la limitación. En efecto, para el que ha descen-

dido muy abajo en su consciencia ya no hay luz, ni calor, ni movimiento. Vive, pues, en las raíces del árbol: en los tres cuerpos inferiores, físico, astral y mental. El movimiento, el calor y la luz únicamente se manifiestan en las hojas, las flores y los frutos. Aquél que se eleva hacia la sabiduría, el amor y la verdad, vive en las hojas, las flores y los frutos: en los tres cuerpos superiores. Las raíces, pues, preparan el alimento para los frutos que maduran



en la cúspide del ser. Los signos astrológicos colocados en el esquema subrayan la exactitud de las correspondencias: abajo, la Luna (unida a Saturno inferior): la pereza. En la parte superior del esquema, el Sol (unido a Saturno superior): la actividad.

«Acumulad tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen y donde los ladrones no horadan ni roban». Ahora comprendéis que los tesoros de los que habla Jesús sólo pueden ser adquiridos con el trabajo de la voluntad, del corazón y del intelecto, porque es la actividad la que impide que el orín corroa, el amor el que mata las polillas y la sabiduría la que nos preserva de los ladrones.

En otro pasaje del Evangelio, Jesús dijo: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá». Estas palabras sólo pueden explicarse gracias al conocimiento de esta trinidad que representan el intelecto, el corazón y la voluntad en el hombre. «Pedid y se os dará...» Pero, ¿pedir qué? ¿Y quién es el que pide en nosotros?... ¿Buscar qué? ¿Y quién es el que busca en nosotros?... ¿Llamar a quién? ¿Y quién llama en nosotros?... Reflexionad: ¿quién pide en nosotros, el intelecto, el corazón o la voluntad? El intelecto busca y la voluntad llama. Y ahora, puesto que el intelecto busca, ¿qué es lo que busca? Busca aquello que le es indispensable encontrar: la luz, la sabiduría. El corazón en

cambio, pide calor, amor: amar y ser amado. La voluntad llama para que le abran las puertas de la cárceles, a fin de tener libertad para actuar.

Así todo se vuelve claro. El intelecto busca la sabiduría, el corazón pide el amor, y la voluntad llama para ser libre y crear. Desgraciadamente, la mayoría de los humanos se sirven de su intelecto para buscar, no la sabiduría, sino el dinero y el poder. Su corazón no pide el amor sino los placeres, y su voluntad usa de su libertad para destruir en lugar de crear. Y entonces, ciertamente, se le abren las puertas, pero las puertas de las cárceles, de los hospitales, de los cementerios...

El corazón debe tener como ideal el amor divino; el intelecto, la sabiduría divina; y la voluntad, el poder divino. Son estos tesoros los que debemos acumular en el Cielo. Al que haya logrado realizar este ideal se le podrá, incluso, decir un día: «No pidáis y se os dará, no busquéis y hallaréis, no llaméis y se os abrirá». Porque al verdadero hijo de Dios, a la verdadera hija de Dios, no les es necesario pedir, buscar ni llamar: el Cielo sabe lo que necesitan y se lo da.

V

«ENTRAD POR LA PUERTA ESTRECHA»

Empezáis a comprender que el hecho de que algunos pasajes de los Evangelios sigan siendo confusos, se debe a que aún no se han sabido interpretar a la luz de la Ciencia iniciática: en efecto, ésta nos instruye sobre la estructura del ser humano, sobre la existencia y la función de los diferentes cuerpos que la ciencia materialista ignora.

Detengámonos hoy en las palabras de Jesús: «Es más fácil que un camello pase por el agujero de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios». La mayoría de los comentaristas han explicado estas extrañas palabras diciendo que Jesús quería insistir con esta imagen llamativa en la imposibilidad de que el rico, que es presentado como un hombre duro y egoísta, sea admitido en el Reino de Dios. Y no han tomado muy en serio la imagen del camello, que les parecía muy exagerada. No, no es exagerada, y vais a comprender por qué.

Hemos visto que el cuerpo astral en el ser humano es la sede de todos los sentimientos, deseos,

emociones y pasiones. La apetencia, la codicia, la necesidad de poseer, de satisfacerse, son manifestaciones del cuerpo astral, y si este cuerpo astral no se controla y educa, se hincha cada vez más y se vuelve como un tumor monstruoso. Este es el caso del rico que, en su deseo de acumular dinero, terrenos, casas, etc., acaba por tener un cuerpo astral gigantesco que le impide pasar por la puerta del Reino de Dios. Porque en el Reino de Dios sólo se acepta a aquellos seres que han aprendido el sacrificio, la renuncia, la abnegación.

Estudemos ahora la naturaleza del camello: el camello ha sabido adaptarse perfectamente al desierto, en donde no crece prácticamente nada. Lo poco que allí encuentra le basta, y puede caminar días y días sin comer ni beber. Tiene, pues, un cuerpo astral minúsculo, y por eso constituye el símbolo del Iniciado que se contenta con muy poco y que es capaz de resistir, sin sucumbir, en las peores condiciones de vida. Cuando Jesús dijo que el camello podía pasar a través del ojo de una aguja, resulta evidente — y lo veis ahora con toda claridad — que no hacía alusión al cuerpo físico, sino al cuerpo astral. Por eso os decía que si se desconoce la estructura del ser humano, es imposible interpretar ciertos pasajes de los Evangelios.

El cuerpo astral, que es la sede de los sentimientos y de las pasiones, empieza a manifestarse en el hombre a partir de la pubertad. Antes de este

período es, sobre todo, el cuerpo etérico el que está en actividad. Naturalmente, el cuerpo astral está vivo, y el cuerpo mental también, pues el niño experimenta emociones, comprende lo que le explican, pero su cuerpo astral empezará a estar verdaderamente formado hacia los catorce años; y el cuerpo mental alrededor de los veintiún años. En cuanto al cuerpo etérico, cuya mayor actividad se sitúa entre el nacimiento y la edad de siete años, es el que asegura el crecimiento y el buen desarrollo del cuerpo físico.

El cuerpo etérico actúa en el niño como en las plantas. La planta no posee cuerpo astral porque no tiene verdadera sensibilidad, por lo menos una sensibilidad comparable a la de los animales y de los hombres, y, cuando la cortáis, no sufre. Las plantas no tienen el cuerpo astral desarrollado, pero poseen un cuerpo etérico muy poderoso; por eso no cesan de crecer y de desarrollarse. Si cortáis sus ramas o sus tallos, vuelven a crecer, y si les dais desechos, los absorben y transforman para dar frutos. Su cuerpo etérico lo purifica todo.

Los niños se parecen a las plantas: en ellas todo se transforma y se purifica continuamente gracias al cuerpo etérico, cuya actividad no está obstaculizada todavía por las manifestaciones del cuerpo astral. Alrededor de los catorce años comienza el período de la adolescencia, y es entonces cuando se complican las cosas porque el cuerpo astral se

despierta, desencadenando todas las manifestaciones pasionales : sexualidad, agresividad, apetencias. Y como todas estas manifestaciones producen impurezas y desechos, el cuerpo etérico debe ocuparse constantemente de eliminarlos.

Los niños se muestran candorosos y puros porque aún no tienen desarrollado el cuerpo astral. He ahí, pues, una nueva explicación de las palabras de Jesús: «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios». El niño entrará en el Reino de Dios porque no tiene un cuerpo astral hinchado y abotargado que se lo impida. El camello, insisto nuevamente, es un símbolo, y el niño, en este caso, también lo es. Jesús no quería impedir a los seres humanos que llegasen a ser adultos, sino que les incitaba a dominar su cuerpo astral, cuyos deseos y exigencias les cierran la entrada del Reino de Dios, que es un estado de conciencia, de paz, de armonía, de luz. Evidentemente, el cuerpo astral es necesario; si la Inteligencia cósmica ha creado al hombre con un cuerpo astral es porque éste tiene un fin que cumplir: sin él no experimentaría sensaciones, deseos, ni sentimientos, y le faltaría algo; sin embargo, no debe dejar que se desarrolle desmesuradamente.

Volvamos a las palabras: «Es más fácil que un camello pase por el agujero de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios». Sí, el acceso al Reino de Dios es difícil, porque se entra en él por esta «puerta estrecha» de la que habla Jesús en otro

pasaje de los Evangelios: « Entrad por la puerta estrecha, porque ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición y hay muchos que pasan por él ». Esta puerta estrecha que permite acceder al Reino de Dios es la puerta de la Iniciación. La Iniciación es una ascesis que enseña al hombre cómo desembarazarse de sus debilidades y de todas sus tendencias negativas. Puede ser comparada con el orificio por el que pasa la serpiente que debe cambiar de piel. Discípulo es aquél que se prepara para pasar por la puerta estrecha que le arrancará su vieja piel, es decir, sus malos hábitos, sus concepciones erróneas. Cada uno de vosotros está llamado a pasar por la puerta estrecha y, en vez de turbaros y asustaros, debéis alegraros porque os convertiréis, gracias a ello, en un ser nuevo, con pensamientos, sentimientos y comportamientos nuevos.

Puede decirse que en el transcurso de su existencia, el hombre atraviesa tres puertas: en primer lugar la del nacimiento, por la que pasan todos los hombres, sean buenos o malos; después la puerta de la muerte, y por esta también pasan todos, buenos y malos. Sin embargo, por la puerta de la Iniciación únicamente pasarán aquellos que hubieran sido capaces de grandes sacrificios y renunciaciones.

VI

«QUE EL QUE ESTÉ EN EL TEJADO...»

« Cuando viéreis, pues, la abominable desolación predicha por el profeta Daniel en el Lugar Santo (el que lea, que entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; el que esté en el tejado no baje a tomar nada de su casa, y el que esté en el campo no vuelva atrás en busca del manto; ¡ Ay de las que estén encintas y de las que críen aquellos días ! Orad para que vuestra huída no tenga lugar en invierno ni en sábado. Porque habrá entonces una tribulación tan grande cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; mas por amor de los elegidos se acortarán aquellos días.

Entonces, si alguno dijere: « Aquí está Cristo », no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos. Mirad que os lo digo de antemano. Si os dicen pues: « Está en el desierto », no salgáis;

«Está en las aposentos», no lo creáis. Porque como el relámpago que sale de oriente y brilla hasta occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde está el cadáver, allí se juntarán los buitres.

Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo y los poderes del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá en el cielo el signo del Hijo del hombre, y se lamentarán todos las tribus de la tierra y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad».

San Mateo 24: 15-30

No voy a interpretaros todas las predicciones que se encuentran a lo largo de este pasaje que acabo de leeros, porque su contenido es muy denso. Examinaremos sólo el pasaje donde Jesús dice: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo...» Naturalmente, los astrónomos os dirán que eso no es posible, y llevan razón: el sol, la luna y las estrellas de las que habla aquí Jesús deben ser comprendidas como símbolos.

«El sol se oscurecerá»: el sol representa el intelecto humano, el cual, al alejarse de la verdadera Ciencia iniciática, elabora una filosofía, una cien-

cia y unos puntos de vista erróneos que la humanidad deberá abandonar.

« La luna no dará su resplandor »: la luna representa el sentimiento, la religión, y perderá su luz; ello quiere decir que la religión oficial establecida sobre bases falsas, sobre supersticiones y prejuicios, perderá su influencia.

« Las estrellas caerán del cielo »: es decir, que todos aquellos que ostentan una categoría, un cargo, o que tienen una reputación que no merecen, caerán de su pedestal. ¡ Ved cuántos simbolos hay que interpretar en este pasaje!

Habría también mucho que decir sobre la advertencia relativa a los falsos cristos que puedan presentarse: a lo largo de la historia muchos, en efecto, trataron de suplantar a Cristo. Sin embargo, no hay que dudar que el espíritu de Cristo se ha manifestado a través de todos aquellos que alcanzaron las condiciones para recibirlo, viviendo una verdadera vida espiritual. Quien piense que, salvo Jesús, todos los grandes Maestros e Iniciados son unos importadores, incurre en un grave error.

También quisiera hoy comentaros un versículo al que hasta ahora no se le ha prestado demasiada atención. Me refiero al momento en que Jesús anuncia tribulaciones, diciendo: « Que el que esté en el tejado no baje a tomar nada de su casa ». ¿ Por qué no hay que bajar del tejado? Si estalla una tempestad o una guerra, ¿ acaso estaremos mejor refugia-

dos en el tejado de la casa?... No, ciertamente que no. También aquí el tejado de la casa es un símbolo, y vamos a ver de qué manera podemos interpretarlo.

Observad este esquema: reconoceréis la semejanza con una casa.

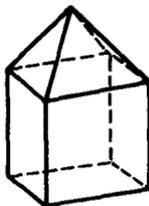


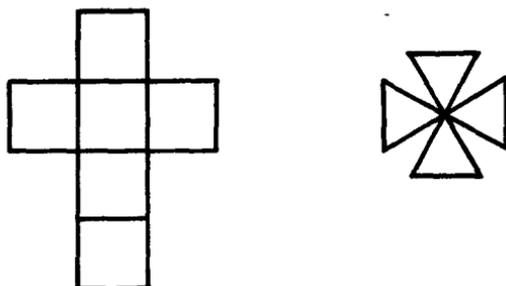
Se compone de un cuadrado y de un triángulo unidos. En el lenguaje de los símbolos, el triángulo representa el espíritu, y el cuadrado la materia. El 3 es el número de los tres principios divinos: luz, calor y vida; y el 4, el de los cuatro

estados de la materia: sólido, líquido, gaseoso e ígneo. Por tanto, cuando Jesús dice: «Que el que esté en el tejado no baje», quiere decir que en los momentos de desgracias y tribulaciones el hombre no debe turbarse, no debe descender a la materia para refugiarse, sino permanecer arriba, en su espíritu.

Observemos ahora tridimensionalmente este esquema de la casa

Después, desarrollemos los volúmenes, colocando el cuerpo de la casa por una parte y el tejado por otra.





Veis que los dos volúmenes desarrollados representan dos cruces diferentes: la primera se denomina cruz latina, y la segunda cruz de Malta. Sabéis que las pirámides de Egipto están formadas, precisamente, por una base cúbica hundida en el suelo, rematada por un tejado de cuatro caras triangulares, que es la pirámide propiamente dicha. Una de las cruces está, pues, bajo tierra, y la otra encima del suelo. Los grandes Iniciados de Egipto no escogieron la forma piramidal por casualidad.

El triángulo y el cuadrado representan, pues, el espíritu y la materia. El triángulo, el 3, es también la gracia, el amor; el cuadrado, el 4, es la justicia. El amor está pues por encima de la justicia que le sirve de base. Según la ley de justicia, debemos rendir cuentas de cada uno de nuestros actos. Según la ley del amor, cualesquiera que sean nuestras culpas, siempre podemos ser salvados por la gracia de Dios. ¿Dónde está la verdad?

Quando los discípulos de Jesús le preguntaron, refiriéndose al ciego de nacimiento: «¿Quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?»; Jesús les respondió: «No se trata de que él o sus padres hayan pecado, sino de que las obras de Dios se manifiesten a través suyo». La respuesta de Jesús revela otro aspecto de este tema. Hay casos en los que ignoramos el porqué un ser sufre o está inválido. Podemos preguntarnos: ¿Se sacrifica quizás por otro?... Lo ignoramos. Así pues, en vez de considerarle como un culpable que expía las faltas de una vida anterior, debemos reservarnos y abster-nernos de todo juicio porque no sabemos con exactitud si ha cometido crímenes o si ha ofrecido sacrificarse por una razón que desconocemos.

Es difícil conciliar la justicia y la gracia y comprender cómo se manifiestan la una y la otra. En realidad, ningún hombre es digno de ser salvado, ni siquiera el mejor. Sólo la gracia de Dios puede salvarnos. Si únicamente estuviésemos sometidos a la ley de la justicia, nunca seríamos admitidos en el Reino de Dios, porque la ley, al examinar nuestro historial, siempre encontraría algunas deudas que todavía no hemos pagado. La justicia es implacable y le es indiferente vuestro origen, tanto si sois hijos de rey, como Iniciados.

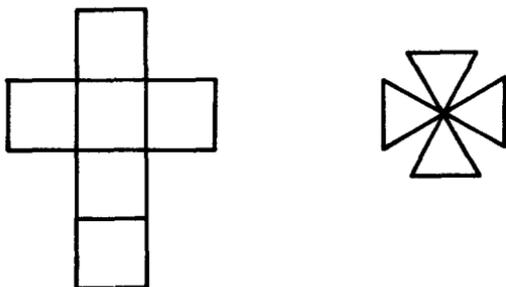
Diréis: «Pero si la justicia se cumple siempre, ¿cuándo se manifiesta la gracia?» En realidad si la justicia se cumpliera verdaderamente, nadie sería

digno de vivir. El cielo nos alimenta, nos envía todo lo que necesitamos, somos huéspedes que vivimos en la abundancia, y, en vez de agradecerse, cometemos faltas todos los días. Si la justicia se aplicara, nos fulminaría.

La mayoría de los seres humanos, incluso los más grandes teólogos, se representan la gracia como una manifestación arbitraria de la Divinidad, que hace lo que le place sin tener que rendir cuantas a nadie: no dan importancia a las faltas, o a las buenas acciones de un ser, porque creen que si Dios quiere enviarle su gracia, se la enviará. De esta forma, la gracia y la justicia resultan incompatibles y, dada la idea que hasta ahora la gente ha tenido de ellas, parece imposible conciliarlas. Pero voy a demostraros que es posible, que es muy sencillo.

La respuesta está escondida en el dibujo de la casa, esta casa sobre cuyo tejado aconseja Jesús que permanezcamos. Volvamos a la cruz obtenida mediante el desarrollo del cuerpo de la casa; se forma a partir de un cubo. Representa, pues, la materia, la base, pero también los límites, la prisión, y, por tanto, la justicia; es la cruz de la justicia. La cruz formada por las superficies triangulares del tejado es la de la gracia, la del espíritu. Si nos atenemos a la justicia, permanecemos en el cuadrado. Y como el cuadrado representa la ley, los límites, quedamos aprisionados. Pero la nueva Enseñanza de Cristo está situada por encima de la

justicia, y por eso, sobre la cruz de la justicia, se encuentra la otra cruz, la cruz de la gracia. La justicia debe, pues, servir de soporte a la gracia.



Es interesante observar que muchas de las cruces que se dan como recompensa tienen, precisamente, esta forma: . Inconscientemente, los hombres trabajan de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Cada símbolo utilizado en una sociedad, cada forma arquitectónica corresponde a una cierta evolución de la filosofía, de la comprensión, del saber y de las mentalidades. Si sabemos interpretar todos estos signos, descubriremos las tendencia que los mismos encierran. Un día en que dispongamos de más tiempo, os podré explicar las razones por las que en el transcurso de los siglos, y en los diferentes países, algunos pueblos han dado tal o cual forma a sus casas y a sus templos.

¿Por qué la pirámide tiene su base hundida en la tierra? La pirámide nos quiere indicar de qué manera el 3, nuestro espíritu, debe trabajar en la

vida sobre nuestro cuerpo físico, el 4; y de qué manera, gracias al espíritu, es decir, a la trinidad del amor, de la sabiduría y de la verdad (o si lo preferís, de la esperanza, la fe y el amor), podemos transformar nuestra materia. Pero para ello hay que comprender también cómo el 3 se convierte en 4. Siendo el 3 el número de Dios, del espíritu, y el 4 el de la encarnación en la materia, las virtudes de la trinidad divina sólo pueden encarnarse en el hombre a través de estos cuatro principios que son su corazón, su intelecto, su alma y su espíritu; estos cuatro principios simbolizados por el tejado de la pirámide tienen como soporte el cuerpo físico, el cubo, y trabajan sobre él.

Pero volvamos a la cuestión de la justicia y de la gracia. Cuando queréis construir una casa, llamáis a los obreros, les dais el plano y comienza el trabajo... pero, imaginaos que, poco después, os dais cuenta de que el dinero de que disponíais es insuficiente para terminar el edificio. Sólo habéis podido levantar las paredes, y os preguntáis cómo vais a continuar. Tenéis la base, los cimientos, pero, ¿cómo construiréis el tejado? Os dirigís entonces a un banco: si éste constata que ya poseéis un capital, aceptará prestaros cierta suma. ¿Qué significa esto? ¿Fía el banco a cualquiera? No; pero si vosotros tenéis ya un capital, un terreno, unas propiedades, añade el resto.

¿Puede cualquiera alcanzar la gracia? No, sólo llega a aquél que ha preparado o construido algo y que posee un capital. Se dice a sí misma: «Este ser trabaja, reza, medita, hace ejercicios espirituales, construye los muros de su templo; le daré, pues, lo necesario para edificar su tejado». La gracia llega donde hay algo construido, preparado. Es el tejado sobre el cuerpo de la casa, el triángulo sobre el cuadrado. De esta manera, la gracia de Dios puede visitar a todos, salvo a los perezosos, a los que no trabajan ni han empezado nada. Irá hacia aquéllos que han construido las bases de su existencia, que trabajan en la regeneración de su ser con una alimentación pura, con unos sentimientos y unos pensamientos puros. La gracia es, pues, algo más que la justicia, aunque obedece a una determinada justicia. Ved cómo de esta manera se armoniza la gracia con la justicia.

Cuando Jesús decía: «Que el que esté en el tejado no baje a la casa para tratar de tomar algo de ella», sobreentendía que aquél que vive en la enseñanza de la sabiduría, del amor y de la verdad, no debe descender a la materia buscando una seguridad que no le va a servir para nada. Debe permanecer en el tejado. ¿Y dónde está este tejado? Se encuentra dentro de él mismo: es su espíritu, y no debe abandonarlo, porque sólo en él se sentirá seguro. Y es allí donde se encuentra la gracia.

VII

LA TEMPESTAD CALMADA

En aquel mismo día, siendo ya tarde, Jesús les dijo: «Pasemos a la otra orilla». Y despidiendo al pueblo, estando como estaba en la barca, se hicieron con él a la vela, y le iban acompañando otras barcas. Levantóse entonces una gran tempestad de viento, que arrojaba las olas en la barca, de manera que ésta se llenaba de agua. Entre tanto, él estaba durmiendo en la popa sobre un cabezal. Despiértanle, pues, y le dicen: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» Y él levantándose, amenazó al viento, y dijo a la mar: ¡Silencio! ¡Cálmate! Y se calmó el viento, y sobrevino una gran bonanza. Después les dijo: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» Y quedaron sobrecogidos de gran temor, diciéndose unos a otros: «¿Quién es éste a quien incluso el viento y el mar obedecen?»

San Marcos 4: 35-41

Normalmente, cuando leemos este texto, no profundizamos en su significado. Se trata del relato de

un milagro de Jesús, que a primera vista parece muy sencillo. En realidad es una narración simbólica que presenta una imagen de la vida del discípulo. El discípulo se encuentra siempre en el mar, en una barca, y debe afrontar la tempestad y el viento (sus sentimientos y sus pensamientos caóticos). Cristo está también en esta barca, pero duerme, y el discípulo debe despertarle para que se levante y diga a esos pensamientos y sentimientos tumultuosos: « ¡ Callaos ! ; Deteneos ! ».

Al despertarse, Jesús dijo a sus discípulos: « ¿ Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe ? » ¿ Qué significa tener fe ? Tener fe es saber que en las profundidades de nuestro ser vive un gran poder, una divina entidad: Cristo. Puesto que Cristo se encuentra en nuestra barca, no tenemos nada que temer, porque no pereceremos ; gracias a la presencia de Cristo, aunque todavía esté dormido, la barca no naufragará. Debemos saber que vive en nosotros un príncipe iluminado y poderoso gracias al cual las fuerzas hostiles se ven obligadas a respetarnos ; esta presencia divina en nosotros, garantiza nuestra seguridad.

Cuando Cristo se despierte dentro de nosotros manifestará su poder, su sabiduría y su amor ; pero antes de que ello ocurra, debemos saber que se encuentra en la barca, y tener la confianza de que no corremos peligro alguno. Esto es tener fe. La fe consiste en creer en algo que aparentemente es

irreal e incluso imposible. Si pretendéis comprender o saber algo antes de creerlo, tendréis conocimiento, pero no fe. Tener fe es creer en algo que no sabéis, que no veis. Por tanto, creer en Dios y en la vida eterna, es tener fe.

Nunca debemos perder la fe, porque en el terreno espiritual, divino, siempre habrá algo nuevo que aprender, ver o vivir. Así pues, la fe tiene por objeto lo más sutil, lo más alejado de nosotros, aquello que no podemos verificar inmediatamente. Decís que conocéis a vuestra mujer, a vuestros hijos, a vuestros amigos, y que tenéis fe en ellos. No, esto es confianza adquirida a través de la experiencia, pero no es fe. Tener fe es creer en algo invisible, intangible. Aunque todavía no estemos muy evolucionados, aunque Cristo no esté despierto en nosotros, no importa. Hay que tener fe para poder vencer las grandes pruebas de la vida.

Algunos se extrañan de que Jesús amonestara a sus discípulos; piensan que es normal que éstos tuvieran miedo y le despertaran. Sin embargo, para Jesús, este miedo era una falta de fe. No debieron sentir miedo, puesto que Jesús se encontraba con ellos, aunque estuviera dormido, ¿Qué mérito podría atribuirse a los discípulos estando Jesús despierto? Debieron confiar, incluso cuando dormía... Antes de que Jesús despertase, sus discípulos no sabían que calmaría la tempestad. Era la primera

vez que ocurría algo semejante y aún no habían visto a Jesús hablar a los elementos... Por eso, después del milagro, se decían unos a otros con asombro: « ¿Quién es éste a quien incluso el viento y el mar obedecen ? ».

El mundo invisible reclama de nosotros una fe parecida a la que hubieran debido mostrar los discípulos durante la tempestad. Puesto que Cristo está en nosotros, aunque dormido, hay que tener confianza, permanecer serenos y creer que nuestra barca, aunque se tambalee, no naufragará. Esto es tener fe: creer sin tener pruebas.

Debemos conservar este tesoro precioso: el Cristo niño que duerme en nosotros. Duerme, es muy pequeño, pero un día, cuando se despierte, realizará prodigios. Dejadle dormir aún, pero esparcid la confianza a su alrededor. El es real, inmortal. Meditad sobre lo que os digo y descubriréis que Jesús duerme en vuestra barca. Y si le despertáis, procurad no atormentarle con preocupaciones mezquinas y gritos inútiles.

« ¿ Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe ? » preguntó Jesús. Sí, es bien cierto que nos atormentamos por nimiedades sin pensar que llevamos dentro de nosotros el poder más grande: el Cristo.

Cristo representa el amor, la sabiduría y la verdad en nosotros. Cuando nuestra alma se altera o inquieta, hay que invocar la ayuda del amor y de la sabiduría para serenarse. La sabiduría es capaz

de disipar las nubes y calmar los vientos ; y el amor apacigua el mar. La sabiduría actúa sobre el viento (los pensamientos) y el amor apacigua el mar (los sentimientos). El agua y el aire, el mar y el viento son símbolos eternos. Los apóstoles, que conocían el significado de los símbolos, sólo relataron en los Evangelios aquellos acontecimientos cuyos detalles podían tener una correspondencia en todos los planos. Por eso, generación tras generación han podido meditar sobre los eventos ocurridos en la vida de Jesús y de sus discípulos.

VIII

«LOS PRIMEROS SERÁN LOS ÚLTIMOS»

«Muchos de los últimos serán los primeros, y muchos de los primeros serán los últimos.

Porque el reino de los cielos es semejante a un propietario que al romper el alba salió a contratar jornaleros para su viña. Ajustándose con ellos en un denario por día, los envió a su viña. Saliendo luego hacia la hora tercia, se encontró con otros que estaban parados en la plaza y díjoles: Andad también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Salió otras dos veces a la hora sexta y a la hora nona, e hizo lo mismo. Finalmente, salió a esto de la hora undécima, y al encontrar a otros que estaban allí, les dijo: ¿Por qué estáis aquí, todo el día ociosos? Respondiéronle: Es que nadie nos ha contratado. Díjoles: Id también vosotros a mi viña. Al atardecer, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores, y págalos el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros. Vinieron, pues, los de la hora undécima y recibieron un denario cada uno. Cuando

al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darían más, pero recibieron un denario cada uno. Y, al recibirlo, murmuraban contra el propietario diciendo: Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor. Mas él, por respuesta, dijo a uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio; ¿no te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo y vete. Si es mi deseo dar a este último tanto como a ti, ¿acaso no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O ves con mal ojo que yo sea bueno? Así, los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos».

San Mateo, 19: 30 y 20: 1 - 16

En este relato, la actitud del propietario respecto de sus obreros puede parecer ilógica, injusta e irracional. Lo más difícil de comprender son las palabras: «¿Acaso no puedo hacer con lo mío lo que quiero?» Y, sobre todo, si se considera que el propietario representa al mismo Dios, puede inferirse que Dios toma decisiones arbitrarias, que hace lo que quiere sin rendir cuentas a nadie y que obra injustamente. ¿Por qué los que han trabajado todo el día cobran menos que aquellos que sólo lo han hecho durante una hora?... Y, ¿por qué los últimos pasan a ser los primeros, y los primeros, últimos? ¿Acaso ello significa que en otro nivel debe entenderse que los más locos serán los más pruden-

tes y que los más sabios serán los más ignorantes ; que todos los ricos se volverán pobres y que los mendigos serán multimillonarios ? ; Qué alegría para unos, y qué tristes perspectivas para otros !... Pues no ; en realidad Jesús, cuando se dirigía a la multitud, utilizaba parábolas, revelando a sus discípulos muchas verdades relacionadas con la vida humana y con los fenómenos cósmicos. Por consiguiente esta parábola debe ser interpretada.

Dice el texto que el propietario salió de mañana a la hora prima y que volvió a salir después a la hora tercia, a la sexta, a la nona y a la undécima. Para los judíos, la jornada estaba dividida en doce horas y empezaba a las seis de la mañana. La hora prima corresponde, pues, a las seis ; la tercia, a las ocho ; la sexta, a las once ; la nona, a las dos, y la undécima, a las cuatro. ¿ Por qué estas horas ? Porque corresponden a datos astrológicos. Por una parte constatamos que, para un mismo lugar, las posiciones del sol en el cielo a las seis, a las ocho, a las once, etc... son diferentes, y, por otra, que en cada una de estas horas una nueva constelación se encuentra en el ascendente. Por tanto, si estudiamos la cuestión desde el punto de vista astrológico descubriremos cosas muy importantes, pero no quiero detenerme hoy en este tema.

Hay un punto en el que quizá no se haya pensado al estudiar este texto, y es que los obreros que fueron contratados en diferentes horas, no tenían

todos las mismas capacidades ni las mismas cualidades. En la vida corriente, por ejemplo, sabemos que los que se levantan muy pronto para ir a trabajar son los pobres, mientras que los ricos duermen, a veces, hasta las once o las doce del mediodía. Eso no quiere decir que en esta parábola debamos sobreentender que los obreros de la hora prima son pobres y los de la hora undécima, ricos, no; quiero simplemente haceros esta observación para daros unos métodos que podéis utilizar para estudiar los textos evangélicos. Estos métodos se entreen constantemente en los Evangelios, reflejándose como pequeños signos semejantes a indicadores o señales de tráfico de los que se sirven los Iniciados para interpretarlos. El sentido que aquí se impone es el de que estos obreros no tenían las mismas competencias.

Para todos los hombres, lo que cuenta en la vida es ser los primeros, los primeros en las ciencias, en las artes, en la literatura, en los deportes; los primeros en belleza, habilidad, fuerza, riqueza, gloria, etc. En todas partes siempre hay un primero y también un último. Sin embargo, si queréis descubrir quién es verdaderamente el primero y quién es verdaderamente el último, no lo conseguiréis, porque todas las clasificaciones humanas son muy relativas. Cuando consideramos un número de individuos limitado, podemos decir que fulano es el pri-

mero y zutano el último, pero cuando consideramos la vida como una cadena infinita e ininterrumpida, ¿ dónde está el primero, y dónde el último ?... Igualmente, si comparamos la existencia a una rueda que gira, el primero se convierte en el último, y viceversa.

Y en una familia, ¿ quién es el primero : el padre, la madre, o el hijo ? En edad, el hijo es el último, pero en importancia es el primero, porque su padre y su madre se preocupan de cuidarle, sólo piensan en él. Llegó el último, pero como atrae la atención de todos, en realidad es el primero. Por otra parte, a menudo constatamos que algunos que son los primeros en prudencia, inteligencia y sabiduría, son, sin embargo, los últimos en fortaleza y resistencia física ; y, por el contrario, otros que son muy fuertes y resistentes, tiene la cabeza vacía. Así suceden las cosas en la vida. Los primeros en un terreno son siempre los últimos en otro. Alegraos pues porque todos podemos considerarnos los primeros en algo. Evidentemente, puede que lo seamos en maquinaciones o en asuntos turbios, pero sea como fuere, somos los primeros.

El ser humano posee cinco sentidos: tacto, gusto, olfato, oído y vista. El primero que apareció fue el sentido del tacto, y el último el de la vista ; pero, en lo que concierne a la organización, a la estructura y a las posibilidades, la vista es el pri-

mero, es decir, el más rico, el más sutil. ¿Cómo puede ser eso? ¿Por qué el primero se ha convertido en último y el último en primero?... Y cuando plantáis una semilla, ¿acaso brotan enseguida las ramas, las flores o los frutos? No, primero se desarrollan las raíces, y cuando éstas están sólidamente enraizadas en la tierra, la planta comienza a elevarse por encima del suelo, y un día da flores y frutos. Las flores y los frutos aparecen los últimos, y las raíces, aunque hayan sido las primeras en aparecer, pasan a ser las últimas desde el punto de vista de la organización, de la sutilidad y de la belleza. Nadie se preocupa de las raíces, todos buscan las flores y los frutos; las pobres raíces permanecen en el fondo del suelo, olvidadas, y, sin embargo, desde el punto de vista biológico son ellas las más importantes.

En el terreno del amor, lo primero que apareció fue la sexualidad, el instinto de procreación. Después, en el transcurso de los siglos, apareció una forma de amor más espiritual, como si las manifestaciones del amor sexual no fuesen sino las raíces de una planta que se ha desarrollado para dar, después, ramas, flores y frutos. Así es como la sexualidad primitiva ha evolucionado tendiendo a ser cada vez más compleja y espiritualizada. Cuanto más evolucionado es un ser, menos satisfacción alcanza en la animalidad y más busca, por el contrario, expresar su amor en la belleza, la sabiduría

y la espiritualidad. La primera forma de amor que se manifestó en el mundo es ahora la última, porque se ha producido una evolución. Veis, pues, que todos estos ejemplos tomados de los diferentes campos de la existencia, nos muestran que en la naturaleza nada permanece estático, que todo está en movimiento, en evolución... Y no se puede comprender la parábola que acabo de leeros si no se tiene en cuenta esta idea de evolución.

En la vida, el que permanece inmóvil, sin cambiar de nivel ni de punto de vista, se convierte en el último; mientras que el que trata de seguir las corrientes de la evolución, puede llegar a ser el primero. Suponed que quisiérais ir hasta el sol en un carro tirado por bueyes — ¡admitiendo que haya, de aquí al sol, un buen camino para vuestros bueyes! — ¿cuántos miles de años tardaríais? Si vais en barca sobre el océano cósmico, tardaréis casi lo mismo. Si tomáis el tren, iréis más rápido. Si tomáis el avión, todavía mucho más rápido. Y si vais a la velocidad de la luz, llegaréis en ocho minutos y algunos segundos. ¿Qué significan estos ejemplos? Que aquél que viaja en un carro de bueyes, es decir, aquél que solamente utiliza las posibilidades del cuerpo físico, los viejos métodos para resolver todo tipo de problemas, no encontrará la solución hasta dentro de miles de años; que quien viaja sobre el agua, es decir, que marcha a la velocidad de los sentimientos ordinarios, le hará falta casi el

mismo tiempo para llegar a la meta; que el que viaja en avión, es decir, el que emplea su intelecto, irá más rápido. Pero el que puede viajar con el espíritu, con la intuición, se desplaza a la velocidad de la luz y encuentra inmediatamente la verdad.

Para llegar el primero en una carrera automovilística, no hay que utilizar un coche viejo. Los coches que hace años eran los más perfeccionados, ahora ya no se usan porque la mecánica y la carrocería han hecho grandes progresos. Hay que tener en cuenta la evolución que se produce en todos los ámbitos para comprender la razón por la que Jesús dijo que los primeros serían los últimos. El primero que aparece no puede poseer el más alto grado de perfección. Muchas posibilidades que hay en nosotros y que son actualmente las primeras, serán más tarde las últimas, y dejarán su sitio a nuevas posibilidades. Un día se desarrollará un sexto sentido que nos revelará un universo extraordinario que los cinco primeros no fueron capaces de descubrir.

Analicemos ahora ciertos detalles de la parábola. En ella se habla de un propietario, de una viña y de unos obreros que fueron contratados para diferentes horas de la jornada, pero que recibieron el mismo salario, a pesar de que los primeros habían trabajado doce horas y los últimos sólo una hora. Esto parece injusto, pero, ¿acaso en la vida corriente se da el mismo salario a un picapedrero, por

ejemplo, que a un pintor de talento? Se retribuyen 150 ó 200 francos por día el picapedrero que ha trabajado ocho o diez horas, y 1.000 ó 10.000 francos al pintor que ha tardado una media hora en bosquejar con unos trazos vuestro retrato. Tales casos son muy frecuentes en la vida diaria. En ciertas profesiones se gana en media hora mucho más que en otras en un día, etc... Esta diferencia de salarios, demuestra que existen trabajos y obreros especializados distintamente. Lo que permite suponer que los obreros contratados en las diferentes horas, no tenían las mismas funciones.

El libro del Génesis comienza con las palabras : « *Bereschit bara Elohim eth ha-schamain ve-eth ha-rets* ». Su traducción es : « Al principio, Dios creó el cielo y la tierra... » Este término, Elohim, que se traduce por Dios, es un vocablo plural. Los Elohim son las entidades superiores que crearon el cielo y la tierra con la ayuda de muchas otras entidades : los « obreros » de la parábola. Porque no penséis que antes de la creación del cielo y de la tierra no había nada. Antes de la aparición del mundo físico y de los hombres, existían numerosas jerarquías angélicas que, precisamente, participaron en la creación de nuestro universo. La creación del cielo y de la tierra de la que nos habla el Génesis no es más que un instante en el infinito de la creación.

Así, en esta parábola, la viña representa el mundo, y los obreros son los diferentes seres que

intervinieron en el gran trabajo de su construcción. Repasad en la Biblia el relato de la creación del mundo. El primer día, Dios creó la luz, lo cual se expresa así: « *Vahii hérev, vahii boger, yom éhad*: y hubo tarde, y hubo mañana, el primer día ». ¿ Os habéis preguntado qué clase de día era éste que empezaba por la tarde?... Eso prueba que no hay que considerarlo como un día terrestre sino como un período de trabajo. El segundo día, Dios creó el firmamento, es decir, el fundamente, lo que debía servir de base a la creación. El tercer día creó las hierbas, los plantas que pueden vivir sobre el suelo. El cuarto día creó el sol, la luna y las estrellas. Dado que para nosotros la luz proviene del sol y de los astros, nos preguntamos cómo pudo Dios crearlos después de la luz. Se explica sencillamente porque la luz que creó el primer día no es en absoluto la luz visible que viene de los cuerpos celestes. El quinto día Dios creó los pájaros y los peces; el sexto día creó a los demás animales y al hombre; y finalmente, el séptimo día descansó. Este relato es un resumen de la evolución.

Cuando el propietario (que no representa, pues, a Dios mismo, sino a los Elohim), quiso contratar obreros para su viña, llamó en primer lugar a los capacitados para realizar el trabajo más duro, el más difícil. Los primeros obreros son, pues, los seres que descendieron para ocuparse de las regiones más densas y formaron las rocas, las piedras, la tierra.

Cuando hubo transcurrido este período, fueron precisos nuevos obreros para realizar otros trabajos, y el propietario llamó a unos seres que entraron en las hierbas, los árboles y en todos los vegetales. Cuando salió por tercera vez, el propietario llamó a unos seres que adoptaron el cuerpo de los animales, de los peces y de los pájaros, y estos seres se esparcieron por toda la tierra, por el agua y por el aire. Cuando el propietario salió por cuarta vez, contrató a obreros más evolucionados que los anteriores, a seres inteligentes y capaces de trabajar con la materia y de transformarla. Estos seres tomaron la forma humana. Finalmente, cuando el propietario salió por última vez, el trabajo en la viña estaba casi terminado, pero se necesitaban nuevos obreros para completar el retoque final. Por ello llamó a unos seres aún más evolucionados que todos los precedentes: los ángeles. La venida de los ángeles corresponde al desarrollo de la conciencia en el hombre. Llegaron los últimos para ultimar la creación.

Naturalmente, el propietario no encargó a los ángeles el trabajo del mundo mineral. Estos trabajos groseros fueron realizados por otros seres. Lo mismo ocurre en la vida cotidiana. Un rey o un presidente de la República no irá a una ciudad para barrer las calles... Y en una fábrica, el que llega el último, el director, a veces sólo tiene que firmar, pero por el sólo hecho de rubricar gana más que los obreros, porque con esta gestión toma decisio-

nes indispensables para el buen funcionamiento de la fábrica. Firma, y luego se va... pero, ¡qué trabajo ha tenido que realizar previamente para poder estampar su firma!

Hay que comprender que la evolución, las capacidades, las virtudes, no son las mismas en todos los seres. Observad lo que sucede en nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo físico está constituido por diferentes sistemas. El más antiguo es el sistema óseo. Se trata de un almacén sólido que apenas experimenta cambios durante su existencia. Podemos equiparlo al reino mineral. Representa a los obreros de la primera hora. El segundo grupo de obreros simboliza el sistema muscular; este sistema evoluciona poco en el transcurso de la existencia y corresponde al reino de los vegetales cuyas raíces están profundamente arraigadas en la tierra, en el sistema óseo. El tercer grupo de obreros representa a los sistemas circulatorio y respiratorio, y corresponden al reino de los animales que se desplazan por la tierra, por el agua y por el aire. El cuarto grupo de obreros pertenece al sistema nervioso, que se ha desarrollado mucho más tarde en el hombre. Como tiene una estructura más sutil que los precedentes está sometido a múltiples variaciones. El quinto grupo de obreros se relaciona con las entidades que trabajan el lado espiritual de nuestro ser, nuestra aura, que es también un organismo, un sistema extraordinariamente sutil. Estos obreros representan el reino angélico.

Y ahora, ya podemos responder a la pregunta : ¿por qué los primeros llegan a ser los últimos ? Porque no evolucionan. Todos los seres que se contentan con utilizar las posibilidades más elementales de su ser (que corresponden a los sistemas óseo, muscular, circulatorio y respiratorio), no evolucionan. Mientras que aquellos que utilizan las posibilidades del espíritu evolucionan rápidamente y llegan a ser los primeros, porque estas posibilidades les permiten avanzar y destacarse sobre los demás. Aparecerán muchos otros seres que desarrollarán diferentes cualidades, gracias a las cuales serán los primeros.

He ahí cómo los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. Aparentemente, esta parábola parece disparatada, pero habréis visto que, reflexionando sobre ella, todo se clarifica y justifica. Los obreros de la primera hora no estaban tan capacitados y, por eso, aunque emplearan más horas en su trabajo, no recibieron un salario superior a los contratados en la undécima hora, porque éstos realizaron una tarea mucho más sutil y delicada.

No hay, pues, ninguna injusticia ; todos fueron retribuidos con ecuanimidad y sabiduría, y, sin embargo, en la parábola se dice que, al recibir su salario, los obreros de la primera hora murmuraron contra el propietario... Se rebelaron porque ignoraban las leyes de la evolución. ¡Para no ser superados, hubieran debido trabajar más ! Existen

dos métodos para que no nos superen: uno es el amor, y el otro la sabiduría. Con el amor y la sabiduría avanzamos extraordinariamente rápido. Cuando veáis a un ser más sabio que vosotros, en vez de disgustaros, sentir celos y volveros contra él calumniándole, debéis acercaros a él y observar cómo trabaja y de qué manera consigue obtener tan grandes resultados. Así aprenderéis mucho. Suponed que hacéis muchos esfuerzos sin obtener resultados; decíos entonces: « Iré hacia este hombre que ha alcanzado tan alto grado de evolución y descubriré el secreto de su éxito ». De esta forma, buscando a un verdadero Maestro, os instruiréis.

Si sois músicos, seguid a aquél cuyos conciertos extraordinarios atraen a las muchedumbres. Dejad vuestro orgullo a un lado, porque no os enseñará nada, e id detrás de ese virtuoso para observarle; preguntadle quién fue su profesor, de qué manera trabaja, etc... Pero no os sublevéis jamás, porque precisamente esta rebeldía os hará ser los últimos. Ni la rebeldía ni la cólere pueden ayudaros, sólo os ayudarán el amor y la sabiduría. Si teméis que otro os supere, ello prueba que no tenéis ni amor ni sabiduría, y si estáis celosos del que os ha superado, ello evidencia exactamente lo mismo. El que siente amor nunca está inquieto ni celoso porque es rico ¿ Tiene el rico razones para estar celoso? No. Únicamente el pobre puede estar celoso, porque siente que no tiene nada.

Si queréis ser los primeros, estudiad, medita, trabajad con el amor y la sabiduría, y entonces superaréis a todos los demás. Pasaréis tan rápidamente por su lado que ni siquiera tendrán tiempo de oíros decir : « Buenos días, buenos días », porque ¡ ya os habréis alejado ! Porque trabajando con el amor y la sabiduría se puede viajar por el espacio a la velocidad de la luz.

IX

**LA PARÁBOLA
DE LAS CINCO VÍRGENES PRUDENTES
Y DE LAS CINCO VÍRGENES NECIAS**

«Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se provieron de aceite. Al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, les entró sueño y se quedaron dormidas. Mas, llegada la medianoche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, ¡ salid a su encuentro! Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes y prepararon sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Y respondieron las prudentes diciendo: No, no habría bastante para nosotras y para vosotras, mejor es que vayáis a los que venden, y compréis. Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él en el aposento de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde vinieron también las otras vírgenes diciendo: Señor, ábrenos. Pero él res-

pondió y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco. Velad, pues, ya que no sabéis ni el día ni la hora».

San Mateo 25: 1 - 13

Al leer esta parábola, sin duda habréis reparado en lo extraño de ciertos detalles. En este festín se exige que cada invitado lleve una lámpara, y además que esté encendida. Hay que suponer, pues, que la sala no está alumbrada y que cada uno debe llevar su propia luz. ¿Dónde se ha visto cosa semejante?... Otro detalle incomprensible: la crueldad del esposo, que no duda en dar un portazo a las cinco vírgenes que no tenían aceite y que, sin embargo, habían venido a su encuentro. ¿Puede considerarse tan grande su pecado como para merecer semejante castigo? ¿Qué individuo tan desagradable, desconsiderado y maleducado es este esposo, que no duda en despertar a todo el mundo a medianoche y no deja pasar a cinco pobres muchachas con el pretexto de que no tienen aceite en su lámpara! ¿Vale la pena esperar a un hombre tan anti-pático, que pone tantas dificultades por un poco de aceite?

En las parábolas encontramos continuamente detalles curiosos, y precisamente en estos detalles los Iniciados descubren la prueba de la profunda sabiduría de los Evangelios. Ante las contradicciones e incongruencias de cada parábola, nos vemos

obligados a concluir que la lámpara, el aceite, el esposo, e incluso las vírgenes, son símbolos que precisan una interpretación.

Empecemos por las vírgenes. Cinco vírgenes prudentes y cinco vírgenes necias... ¿Por qué ha escogido Jesús en esta parábola el número cinco? ¿Por qué no el cuatro o el seis?... Porque cinco es el número de las cinco virtudes fundamentales: bondad, justicia, amor, sabiduría y verdad, de tal manera que las cinco vírgenes prudentes representan estas virtudes mientras que las cinco vírgenes necias representan los defectos correspondientes.

Dado que Jesús presentó estas virtudes y vicios como personas, podemos tratar de acercarnos a ellas. Empecemos por las vírgenes necias...

La primera vírgen carecía de bondad. Preocupada únicamente en satisfacer sus deseos y ambiciones, no prestaba atención a los seres que encontraba a su paso, ignorándolos o aplastándolos. Sólo se dirigía a ellos para maldecirles y, debido a su malevolencia, todos la detestaban.

La segunda vírgen cometía toda clase de injusticias, causando malestar donde quiera que se encontrase, si bien siempre culpaba de ello a los demás. Cuando sufría por cualquier razón, se sentía del todo inocente y acusaba al mundo entero: a su familia, a sus amigos, a la sociedad, e incluso al Señor, porque si hubiese sido justo no le habría mandado más que felicidad y éxito.

La tercera vírgen tan sólo tenía por los demás sentimientos de odio, por eso era siempre desgraciada. No hacía más que gritar y encolerizarse, como si su exclusivo deseo consistiese en hacer la vida insoportable a los que la rodeaban. Las desgracias de los demás eran su único motivo de regocijo.

La cuarta vírgen desvariaba completamente; lo hacía todo con la mayor precipitación, y nunca se detenía en reflexionar y en sopesar las consecuencias de sus actos. No podía confiársele nada, porque lo repetía todo a cualquiera, incluso a los que se le había recomendado especialmente que no dijera nada. Su conducta afectaba negativamente en la vida de los demás. No era mala, pero era tan poco reflexiva que no podía llevar a cabo ninguna acción. Cuando estaba alegre, lo estaba de tal forma que resultaba desagradable; y cuando lloraba era tan escandalosa, hacía tanto ruido y daba tales gemidos, que atraía la atención de todos. Carecía totalmente de discernimiento y tomaba a los estúpidos por inteligentes o viceversa, mostrándose además incapaz de atender las explicaciones de los demás.

La quinta vírgen destacaba en el arte de mentir. Crear embrollos era su mayor placer. Propagaba sin cesar rumores e invenciones que confundían a los demás, lo que la alegraba profundamente. No obstante, llegó un momento en que acabó por creerse todo lo que inventaba, convirtiéndose en la

víctima de su propia imaginación; entonces empezó a vivir en un mundo de fantasías y mentiras.

No os he dado el nombre de las cinco vírgenes necias porque, desde vuestra memoria, podría ejercer una influencia nociva en vosotros. Pero sí os diré los nombres de las vírgenes prudentes.

La primera virgen se llamaba Tova. Era muy buena, corría por todas partes en ayuda de los demás; por eso tenía unos pies muy bonitos. Tova había aprendido a ser buena en su más tierna infancia. Era huérfana y vivía con sus abuelos, que la querían mucho. Su abuela se ocupaba especialmente de ella; le mostraba las flores, los frutos, los insectos y le enseñaba a amar y a ocuparse de ellos. Tova pensaba continuamente en cómo ser útil a los demás: cuidaba a los niños de la vecindad, consolaba a los infelices y distribuía ayuda a los pobres. Por eso todos la querían.

La segunda virgen se llamaba Tsadka. Tsadka tenía un gran sentido de la justicia; esta virtud la había heredado de su padre que era muy severo, pero también muy justo. A pesar de que prefería a Tsadka, nunca lo demostraba para que no se volviese orgullosa. Todo lo distribuía con equidad, dando así a su hija preferida su primera lección de justicia; ella observaba a su padre y trataba de imitarle. También trataba Tsadka de descubrir cómo se manifiesta la vida en todas partes, poseía mucho

discernimiento y comprendía que los sufrimientos no se les da a los seres por casualidad, sino que son consecuencia de faltas pasadas; se maravillaba al contemplar las leyes que rigen el mundo.

La tercera virgen se llamaba Ahava. Su padre marchó en busca de trabajo al extranjero, quedando toda la familia a cargo de su madre. Ahava veía todos los sacrificios que su madre hacía por su familia, y se conmovía ante las manifestaciones de este amor; quería mucho a su madre y deseaba sacrificarse también por los demás. Cuando salía, miraba con frecuencia al sol, a las nubes, a los pájaros y les enviaba su amor. Sonreía a los niños y, aun cuando se portaran mal con ella, les soportaba y miraba dulcemente. Por eso y cada vez más, los niños la querían, les gustaba verla sonreír, ser mirados por ella y sentir su ternura, porque cuando les hablaba, su voz y sus palabras eran como una caricia.

La cuarta virgen se llamaba Hokmah. Casi siempre callada, se contentaba con mirar, reflexionar y escuchar, siempre silencionamente. A veces, no sabían dónde encontrarla: ido a visitar a un Iniciado que vivía cerca de su casa; le interrogaba porque deseaba instruirse, y porque aún no había encontrado ninguna respuesta a las cuestiones que la preocupaban. Comprendía cuán profunda y compleja es la vida y cómo ésta era dirigida por una razón onnipresente. Veía que en la naturaleza todo está

relacionado y aprendía a buscar y a encontrar en sí misma, en sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos, las correspondencias con las estaciones, las lluvias, los astros, las flores...

Al principio los padres de Hokmah estaban disgustados con ella y la reñían porque llenaba la casa de guijarros, de conchas, de insectos, de objetos inútiles; pero Hokmah callaba o decía: «Dejadme tranquila, soy feliz estudiando, ¡descubro cosas tan interesantes!» Más tarde sus padres comprendieron que iba a visitar al Iniciado y Hokmah empezó a enseñarles muchas cosas aprendidas de sus visitas al Iniciado, así como a sus amigos y a todos cuantos la rodeaban.

Hokmah poseía una notable cualidad: sabía escuchar; escuchaba al Iniciado con un respeto y una atención extraordinaria; escuchaba también todos los sonidos de la naturaleza; el fluctuar de los arroyos, el chispear de la lluvia, el crujido del viento al mover las ramas... Muy a menudo, pegaba el oído al suelo para escuchar los ruidos del bosque, y descubría, paulatinamente, la voz que resuena en todas las cosas.

La quinta virgen se llamaba Amena. Nació en una hora muy favorable porque la Luna, el Sol y Mercurio estaban muy bien aspectados. La mirada de Amena era clara, sincera y noble. No escondía nada porque no tenía nada que esconder. Había venido a la tierra a fin de testimoniar la verdad, por-

que en sus encarnaciones anteriores había sido verídica y estaba conectada con el mundo de la verdad. A causa de ello había podido escoger por sí misma la familia en que debía encarnarse, porque ya era libre. Aquél que posee la verdad es libre y no está sometido al Karma, lo que le permite escoger la familia y las condiciones de su nacimiento; toma tan sólo las buenas disposiciones de su padre y de su madre, pero trae consigo estar virtud superior.

Cuando Amena miraba a alguien, le hacía sentir que el mundo de la verdad existe realmente; de sus ojos emanaba una luz tan intensa que, bajo su influencia, uno se sentía reconfortado y sosegado. A Amena le gustaba también la contemplación. Miraba el cielo, las montañas, el mar; también le gustaba mirar a las estrellas durante la noche y se levantaba a menudo para admirarlas; entonces se conectaba con todo el universo y su alma viajaba por los mundos infinitos en el espacio sin límite. Cuando contemplaba las estrellas podía leer en ellas la escritura celestial, porque comprendía el significado de los caracteres inscritos por el Señor en el libro de la naturaleza. En primavera, se levantaba muy pronto para contemplar la salida del sol. La gran cualidad que poseía era precisamente este anhelo de contemplación, de adoración. Jesús tomó a la hermana de Lázaro, María, como modelo de la quinta virgen, porque María le contemplaba conectándose siempre con el espíritu de la Verdad.

Ya veis, os he presentado a las cinco vírgenes necias y a las cinco vírgenes prudentes. Sin duda encontraréis que este planteamiento tiene algo de novelesco; es cierto, pero simbólicamente es exacto.

Ocupémonos ahora de la lámpara que estas vírgenes debían llevar para alumbrar la sala del festín. Actualmente, nosotros ya no utilizamos lámparas de aceite, pero simbólicamente hablando, el aceite y la lámpara juegan un papel muy importante en nuestras vidas. Suponed, por ejemplo, que estáis anémicos; notaréis que vuestra fuerza vital está disminuída y os sentiréis somnolientos y agotados; es decir, al faltarle aceite a la lámpara de vuestro cuerpo, ésta comenzará a apagarse. Si esta lámpara cuya llama vacila es enviada al lampista y vierten en ella un poco de aceite, se reavivará y la llama empezará a brillar de nuevo. El aceite equivale aquí a la sangre. Suponed aún que tenéis necesidad de alimento, de vestidos, pero que no hay aceite en vuestra lámpara, es decir, que no tenéis dinero; sucederá que no podréis comprarlos. Imaginad también que tenéis en vuestro jardín una flor que se seca; si la regáis un poco, se regenerará. En todas partes, en todos los aspectos de la vida encontramos el aceite y la lámpara: para el estómago es el alimento; para los pulmones, el aire; para el cerebro, una idea...

Así pues, este aceite se encuentra por todas par-

tes. Las plantas lo extraen del suelo, del aire, de los rayos del sol, y gracias a él elaboran la savia, símbolo de esta savia viva que también fluye en nosotros. ¿Dónde? En nuestro plexo solar. El plexo solar es el depósito de las fuerzas vitales, el acopio de todas las energías; y si sabéis cómo llenarlo continuamente, tendréis una fuente de la que podréis extraer en cada instante las fuerzas que os son necesarias; es decir, que vuestra lámpara os proporcionará el medio de esperar a Aquél que debe venir, Aquél que las vírgenes esperaban y que puede llegar cada día a vosotros en forma de luz, de sabiduría, de inspiración y de amor.

El aceite simboliza la fuerza vital, la savia que nutre todos las células. Habéis pasado por numerosas experiencias, y habéis observado que si durante una semana os comportáis con sabiduría, bondad, generosidad, y os domináis, adquirís la posibilidad de afrontar más fácilmente los problemas durante los días siguientes. Notáis dentro de vosotros una protección, una ayuda, algo así como una fuerza surgida de dentro, una resistencia, una protección en las células del sistema nervioso, de forma que podéis ahora soportar grandes tensiones. Algo se ha elaborado en vuestro interior que os da la posibilidad de resistir las sacudidas, las dificultades. Aquél que se comporta de forma sensata con lucidez y amor, siente que aparece en sí mismo una fuerza similar al aceite de la lámpara, y enton-

ces, aunque esté fatigado y enfermo, si sabe permanecer tranquilo durante un momento, sentirá como esta fuerza reparadora trabaja en él. Si no existiese esta fuerza en las células, no podría resistirlo.

Como habréis observado esta parábola de las diez vírgenes tiene un sentido mucho más amplio y profundo que el que hasta ahora se la ha dado. Para los Iniciados, este sentido está perfectamente claro; y si en la parábola Jesús habló de vírgenes prudentes y de vírgenes necias, es porque, precisamente, el plexo solar está en relación con el signo astrológico de Virgo. Jesús se refería al plexo solar cuando empleaba la palabra «seno», al decir: «De su seno manarán fuentes de agua viva». Ello significa que si vivimos, pensamos y sentimos correctamente, nuestro plexo solar estará capacitado para distribuir la fuerza viva a nuestras células. Y así estaremos siempre sanos, vigorosos, rebosantes de energía.

Las cinco vírgenes prudentes y las cinco vírgenes necias representan evidentemente a las dos categorías de seres, mujeres y hombres: los que saben preparar el aceite de su lámpara y los que no saben. A veces consumís toda vuestra fuerza en enfados, en discusiones o en diversiones, y cuando llega el esposo (es decir, acontecimientos magníficos, seres superiores), no estáis preparados para compren-

derle, para seguirle y amarle; sois débiles, estáis enfermos y agotados, y sufrís porque no tenéis la fuerza suficiente para vivir plenamente estos acontecimientos ni para reconocer esos seres, privándoos de este modo de todas las bendiciones del cielo. De alguna manera esto puede ocurrir todos los días.

Suponed que ayer os sentísteis perturbados interiormente; hoy, lógicamente, vuestro rostro estará contraído y os sentiréis molestos. Pero, si entonces os invitan a una recepción a la que asisten personas relevantes, lamentaréis no poder presentaros ante ellas apropiadamente. En efecto, existen recepciones en las que podemos ser invitados de forma inesperada, y si os sentís indispuestos, y a pesar de ello decidís asistir, nadie se sentirá bien a vuestro lado y os dejarán, porque a pesar de vuestros adornos y vuestras joyas, os verán apagados, sin luz y quedaréis, de alguna forma, arrinconados. Estaréis en la fiesta físicamente, pero no participaréis en ella conscientemente, porque no habréis preparado el aceite que sólo se destila lenta y constantemente, y cuya fabricación exige mucho tiempo. Con este aceite, debéis llenar vuestro plexo solar.

Suponed que os encontráis frente a un teatro o una sala de conciertos, y que queréis entrar para asistir a una representación. Vais a la taquilla y le decís al empleado: «Mis padres son famosos; seguro que Vd. habrá oído hablar de ellos; déjeme, pues, entrar en la sala». El empleado os responderá:

«No conocemos a sus padres, pague Vd. su entrada». Podéis reclamar y quejaros, pero no os dejarán entrar, os quedaréis fuera. A dondequiera que vayáis, sea al baile, a una fiesta, etc, os impedirán el acceso si previamente no habéis pagado vuestra entrada. Evidentemente se trata de algo simbólico. ¿Qué representa el baile, el concierto, el festín, cuya entrada se prohíbe a aquellos que no pueden pagar? Simbolizan, sencillamente, la vida verdadera a la que tenéis acceso desde ahora. En ella están congregados todos los Iniciados, los ángeles, los arcángeles, y para ser admitidos junto a ellos, tenemos que comportarnos como las cinco vírgenes prudentes, es decir, hay que manifestar la bondad, la justicia, la sabiduría, el amor y la verdad.

Todos aquellos que poseen dentro de sí las cinco virtudes pueden entrar en esta nueva vida, porque estas virtudes son las que os inician en ella. Por el contrario, aunque seáis ricos, sabios o célebres, si no poseéis estas virtudes, no entraréis en la nueva vida. Os dirán: «Sí, sois conocidos en la Academia, en la Sorbona, en el Parlamento, pero para acceder aquí necesitáis las entradas que llevan inscritas las palabras: bondad, justicia, sabiduría, amor, verdad: así que no os conocemos». La primera entrada está representada por los pies (la bondad), la segunda por las manos (la justicia), la tercera por la boca (el amor), la cuarta por los oídos (la sabiduría), y la quinta por los ojos (la verdad),

y según lo que está inscrito en estas entradas, el esposo os rechazará u os recibirá en la sala de fiesta, entre danzas y cantos.

En esta fiesta cada uno debe encontrar su sitio y cantar, pero no una cantinela cualquiera. Todos los que participen en esta fiesta están predestinados a cantar una melodía determinada: los coros cantan a cinco voces y estas voces se escriben en las cinco líneas del pentagrama. En la primera línea está la bondad, en la segunda la justicia, en la tercera el amor, en la cuarta la sabiduría, y en la quinta la verdad. Cada ser está predestinado a interpretar una de estas cinco líneas melódicas, la que hubiere aprendido durante su vida en la tierra. Cada virtud es una melodía particular.

En cuanto a las cinco vírgenes necias que no quisieron aprender ninguna de las melodías de las cinco virtudes, serán expulsadas. Naturalmente, entonces irán en busca de las vírgenes prudentes para pedirles un poco de aceite. Pero el aceite verdadero no puede darse, ni tampoco está a la venta en el mercado. Tan sólo puede obtenerse mediante el sacrificio y el don incesante de uno mismo. La naturaleza nos suministra un poco de este aceite en la comida, en el aire, pero somos nosotros quienes debemos prepararlo en nuestro fuero interno con nuestros sentimientos y nuestros pensamientos.

Las cinco vírgenes necias que no tuvieron tiempo de preparar el aceite para su lámpara, no pudieron

entrar junto al esposo, lo que se explica en la frase: «En verdad, no os conozco», que dicho de otra forma puede formularse así: «nunca habéis preparado aceite, y venís hoy por primera vez». Durante vuestra vida no hicisteis esfuerzos, ni tuvisteis experiencias espirituales; es la primera vez que os veo; no os conozco, ¡marchaos! El esposo no es malo, pero no quiere ser molestado por las necias y los necios. Todos sabéis cuán severa es la naturaleza: cuando malgastamos las fuerzas más preciosas que nos ha dado, nos las arrebató y entonces demora su devolución. Si caemos enfermos, la convalecencia es a menudo muy larga, e incluso a veces el restablecimiento resulta imposible ¿Podemos decir que la naturaleza es cruel cuando nosotros no nos comportamos razonablemente?

Podemos relacionar esta parábola de las vírgenes prudentes y necias con un episodio de los Evangelios que nunca ha sido bien interpretado: la maldición de la higuera estéril. «Luego que hubieron salido de Betania, Jesús tuvo hambre. Divisando a lo lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si encontraba algo, y habiéndose acercado, no encontró más que hojas, porque no era la estación de los higos. Tomando entonces la palabra, le dijo: ¡Que nunca nadie coma de tu fruto! Y sus discípulos le oyeron». A la mañana siguiente los discípulos se dieron cuenta de que la higuera se había secado.

Si tomamos esta anécdota al pie de la letra,

podemos preguntarnos si Jesús era tan bueno y razonable. ¿Qué derecho tenía a exigir de un árbol que tuviese frutos cuando ni siquiera era la época adecuada?... Hay que comprender que, como en la parábola de las vírgenes prudentes y necias en la que el aceite de la lámpara no representa el aceite material que conocemos, la higuera aquí no simboliza verdaderamente a un árbol, sino al ser humano. Para el ser humano no hay períodos, no hay estaciones: en cualquier momento ha de estar dispuesto a dar frutos, es decir, pensamientos luminosos y buenos sentimientos, porque el Señor puede venir en cualquier momento: no espera que llegue tal o cual estación, ni se anuncia por adelantado. Cuando llegue, sea en verano o en invierno, sea de día o de noche, ese árbol que es el hombre tiene que estar capacitado para dar frutos, de lo contrario el espíritu le abandonaría, lo cual sería una maldición para él; el hombre improductivo se seca, pierde energía y fuerzas, hasta sucumbir. Debemos tener siempre aceite en nuestra lámpara, y también hemos de producir frutos en nuestro intelecto, en nuestro corazón, en nuestra alma y en nuestro espíritu.

Encontramos la misma idea en la parábola de los talentos: el amo que antes de salir de viaje había distribuido talentos a sus servidores, a su vuelta recompensó a los que habían hecho fructificar sus talentos y castigó al que se contentó con esconder el suyo.

«Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora», dijo el esposo. He ahí una frase importante. Velad, lo que no quiere decir «no durmáis», porque las vírgenes se durmieron, tanto las prudentes como las necias, y la parábola no las reprende. Velad significa: «que debéis estar dispuestos espiritualmente, porque no sabéis ni el día ni la hora en que el esposo vendrá». Pero el esposo viene diariamente, y si vuestra lámpara no está llena de aceite no podréis entrar ni participar en el festín al que os invita. Pero si por el contrario tenéis este aceite, entraréis en la sala de fiesta arrebatados de gozo, y todos a vuestro alrededor se preguntarán asombrados el porqué irradiáis tanta felicidad y luminosidad... Desgraciadamente, el esposo se va pronto porque no sabemos conservarlo; no sabemos conservar durante mucho tiempo dentro de nosotros ese estado maravilloso.

En nuestros días, aunque utilicemos bombillas eléctricas, el símbolo de la lámpara de aceite continúa siendo tan válido como antaño.

Imaginemos que la lámpara eléctrica representa nuestro intelecto, nuestro espíritu; en este caso la electricidad es el aceite, el líquido sin el cual la lámpara se apaga. ¿De dónde procede este aceite vivo? Proviene de una central eléctrica que nos proporciona este aceite. Si la lámpara, nuestro intelecto, no está conectada con esta central (el Señor, nuestro Padre Celestial), nuestro espíritu se apagará. Este es el secreto que permite obtener el aceite mila-

groso: estar conectados con el Señor mediante la oración, la meditación, la contemplación. Si realizamos esta conexión el aceite entrará en nosotros, nuestra lámpara se alumbrará y su llama brillará cada vez más. Los Iniciados representan lámparas espirituales, mientras que la gente corriente, que no está conectada con el mundo invisible, vive en la oscuridad, con lo cual todos los problemas de la vida les resultan incomprensibles.

Evidentemente, aunque Jesús hable de « vírgenes » necias o prudentes, no hay que creer que la cosa concierne únicamente a la mujeres. También concierne a los hombres. ¿Acaso pensáis que los hombres no son capaces de mostrar la misma necesidad o la misma prudencia?.. Sí, en el plano espiritual los hombres también son « vírgenes prudentes » o « vírgenes necias ». Algunos santos, algunos místicos se preparan durante años, se esfuerzan por llenar su « lámpara » para el día en que el Bienamado, el Esposo se presente, y poder así cautivarle, fascinarle. Y este bienamado, este esposo místico, es el Espíritu Santo. Aquél que es capaz de acumular dentro de sí este aceite espiritual gracias a sus oraciones, a sus meditaciones, y a su vida pura y casta, será un día visitado por el Espíritu Santo; es indiferente que sea hombre o mujer. Jesús empleó la palabra « virgen » para designar el alma humana: el alma, tanto en el hombre como en la mujer, es siempre una muchacha, una virgen que debe tener

una actitud receptiva para atraer este elemento sutil que recorre el mundo, y que está esparcido por todas partes en la atmósfera; pero sólo se encuentra en dosis infinitesimales, de las que debemos proveer-nos todos los días, gota a gota, para mantener una reserva para lo que pueda suceder. Virgen necia no significa «obrar con necedad», sino sin previsión de reserva para el futuro.

Conocéis la historia de José y el faraón: el faraón había visto en sueños siete vacas gordas y, a continuación, siete vacas flacas que devoraban a aquéllas. No comprendía el significado de este sueño, pero José se lo interpretó: «Eso significa que van a venir siete años de abundancia, es decir, de prosperidad para el reino de Egipto, pero serán seguidos de siete años de esterilidad y de hambre. Debo pues aconsejaros lo siguiente: ordenad que preparen los graneros para almacenar en ellos una gran parte de las cosechas recogidas durante los siete años de abundancia y de riqueza. Y así, cuando llegue la escasez, Egipto será el granero de todas las naciones, venderá sus reservas a los demás países y se enriquecerá». El faraón siguió los consejos de José y todo sucedió exactamente como había predicho. Y si se producen semejantes hechos para una colectividad, ¿por qué no habrán de producirse para un individuo? En vuestra vida individual estas alter-nancias se repiten incesantemente: unos días fértiles, seguidos de otros estériles; de nuevo unos días

fértiles... Aquél que se comporta como una virgen necia no toma precaución alguna y después se lamenta : ¡ Soy estéril, estoy seco ; ya no tengo nada, ni gozo ni inspiración ». Si en vez de malgastar sus riquezas hubiese sabido prever el período difícil (al igual que la luna decreciente sigue a la luna creciente), habría hecho acopio de algunas provisiones, de un poco de este magnetismo, de este fluido, y los días de la luna decreciente hubieran podido ser tan provechosos y fructíferos como los demás.

Podéis comprobar en vosotros mismos, como yo lo he hecho en mí mismo, la amplitud y veracidad de todas estas analogías y de todas estas interpretaciones simbólicas. No sabemos ahorrar, somos ignorantes e imprevisores porque no nos reservamos algo de nuestras riquezas para los días venideros. Hay un proverbio francés que dice : « Guardad una pera para la sed ». Los proverbios conservan las huellas de una sabiduría muy antigua que fue revelada por los Iniciados de antaño : eran seres inteligentes que tenían un profundo conocimiento de los ciclos, de los períodos, de las alternancias entre prosperidad y penuria, entre abundancia y carestía, y aconsejaban correctamente.

En cuanto al esposo del que habla Jesús en esta parábola para el que hay que prepararse, se trata del Espíritu Santo. Precisamente para El hay que tener preparado el aceite, porque El es una llama y una llama necesita ser alimentada. La llama es el

esposo, y el aceite su alimento. La llama tiene necesidad de aceite, de lo contrario, se apaga. El esposo es la luz y el Espíritu Santo no es otra cosa que el esposo de luz. Pero la luz sólo os llegará si tenéis bastante aceite para alimentar su llama. Ello explica el porqué cincuenta días después de la Pascua, los discípulos recibieron el Espíritu Santo en forma de llamas, de lenguas de fuego que ardían sobre sus cabezas: porque tenían aceite.

Ahora os presentaré esta parábola a un nivel práctico. Si con las cinco vírgenes (los dedos de la mano derecha) tocáis la lámpara (el plexo solar), mientras meditáis sobre temas elevados y divinos, llenaréis esta lámpara de fuerzas y de energías que más tarde podréis utilizar. Cuando os sintáis dichosos, plétóricos de fuerza, no las desperdiciéis inútilmente en gestos, palabras, pensamientos y sentimientos, sino practicad lo que os he dicho: poned vuestra mano derecha sobre vuestro plexo solar, y meditando, llenadlo silenciosamente con esta fuerza y este gozo.

Os indicaré aún otro método. Escoged un árbol grande (una encina, un roble, un abedul...) Respaldaos sobre él situando vuestra mano izquierda en la espalda, con la palma apoyada en el árbol, y la palma de vuestra mano derecha sobre el plexo solar. A continuación concentraos en la energía del árbol que tratáis de recibir por la mano izquierda, intentando transmitirla a vuestro organismo con la mano

derecha. Pocos minutos después de hacer este ejercicio os sentiréis reforzados, calmados, y hasta curados. Pero para practicar bien esta transfusión de energías hay que estar ya instruidos. Si sabéis apreciarlo, este método tiene un valor extraordinario.

No tratéis de preparar el aceite de los alquimistas como algunos que invirtieron en ello grandes fortunas e incluso arruinaron su salud sin obtener resultados: es preferible ir a un bosque para visitar a los árboles y hablarles; pero es imprescindible que no olvidéis que son seres vivos a los que hay que amar. Gracias a la comprensión y al amor de los árboles se establecerá una armonía y una comunión muy sutil con la naturaleza. Pero muy pocas personas, en la actualidad, conocen la fuerza prodigiosa que poseen los árboles de los bosques. Comulgar con los espíritus de los árboles es un arte que poseían los antiguos druidas. Hoy día, los hombres han perdido el secreto de su regeneración y la comprensión del lenguaje universal, del lenguaje que tiene cada elemento en la naturaleza. Es preciso volverlo a encontrar. Debemos aprender a visitar los bosques y a impregnarnos de toda la naturaleza para vivificarnos y glorificar al Señor, Creador de tantas maravillas.

Podemos también proveernos de este aceite a través de la nutrición, de la respiración, de la meditación y de la oración. Al comer atentamente, con mucho amor, llegamos a extraer la quintaesencia del alimento, al igual que se extrae la quintaesen-

cia de las rosas: bastan unos gramos para formar multitud de pétalos. Al respirar absorbemos también otros elementos muy sutiles. Cuando poseáis esta quintaesencia, desprenderéis un perfume, una emanación deliciosa, y entonces atraeréis a todas las entidades espirituales que vendrán hacia vosotros, maravillados... Y, finalmente, seduciréis al esposo, quien vendrá a visitaros, el esposo más maravilloso de todos, el Espíritu Santo. Y una vez que el Espíritu Santo se instale en vosotros, no sólo una luz os hará ver todas las cosas, sino que os dará su calor, porque esta luz es también una llama.

X

**«ESTA ES LA VIDA ETERNA:
¡QUE TE CONOZCAN A TI,
EL ÚNICO DIOS VERDADERO!...»**

I

«Después de haber hablado así, Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: Padre, ¡ha llegado la hora! Glorifica a tu Hijo, a fin de que tu Hijo te glorifique, y que según el poder que le diste sobre toda carne, dé también la vida eterna a todos los que Tú le has dado. Esta es la vida eterna: que Te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo».

San Juan 17. 1 - 3

Todos los que han meditado sobre estos versículos del Evangelio de san Juan, y en particular sobre el último, se han cuestionado el significado de esta extraña relación entre conocer a Dios y alcanzar la vida eterna. ¿Cómo puede el conocimiento conferir la vida eterna? ¿Qué relación existe en la vida cotidiana entre lo que aprendemos y la vida infinita?... Para algunos «conocer a Dios», no es más que una forma de expresión bastante sencilla, conforme a la cual el conocimiento de Dios se adquiere por la lectura de tratados teológicos,

filosóficos, gnósticos, cabalísticos, o alquímicos, en donde se explican sus atributos, su poder, cómo creó el mundo... otros opinan que para conocer a Dios basta con saber qué es amor, sabiduría, verdad, justicia, etc. Lo cierto es que todas estas reflexiones no explican la correlación que existe entre conocer a Dios y a su Hijo, y alcanzar la vida eterna. Además, la cuestión misma del conocimiento es algo confusa. La filosofía y la psicología se ocupan de ello, y también la biología que estudia la estructura de las neuronas, sus diferentes funciones y las conexiones que existen entre los diferentes centros del cerebro y del sistema nervioso; pero, a pesar de sus descubrimientos, la acción de conocer continúa siendo un misterio.

La vida entera no es más que una adquisición constante de conocimientos. Tratamos de relacionarnos con hombres ricos, sabios, influyentes, o con mujeres atractivas, pero, ¿qué se consigue con ello?... Leemos libros para estar al corriente de muchas cosas, pero este tipo de conocimientos son a menudo venenos que transforman la vida en un infierno... ¿por qué queremos saber y conocer? Con frecuencia hay un motivo interesante: esperamos conseguir algo, pero a menudo nada conseguimos. Os voy a poner un ejemplo comparativo: la mosca observa con curiosidad la telaraña, y movida por la curiosidad se aproxima a ella sin sospechar que en el centro de esta red de filamentos está apostada

una criatura muy inteligente que ha construido esta tela. Si la mosca se aventura conocerá en efecto a la araña, pero perecerá. La artista que ha construido esta trampa estará encantada, ¡pero la mosca sucumbirá! La vida está llena de telarañas y de trampas. No es conveniente tocar, sentir y probarlo todo, con el pretexto de que hay necesidad de conocer.

A menudo he dicho que, para saber, no basta leer, estudiar, analizar, reflexionar. El verdadero conocimiento no es únicamente teórico, intelectual, sino que se basa en tocar, en saborear el objeto que se desea conocer, uniéndose, fusionándose con él. En tanto que el conocimiento intelectual permanece externo, superficial. Sólo conocemos las cosas o los seres si nos fusionamos con ellos. Por lo demás, ¡que significa la palabra «conocimiento» en la Biblia? Está escrito: « Y Adán conoció a Eva... Abraham conoció a Sara. » Sí, y siempre nace un hijo. En consecuencia, el verdadero conocimiento consiste en ponerse en contacto y fusionarse con aquello que se desea conocer.

Fijaos en el niño: quiere conocer el mundo y para ello lo toca y lo prueba todo llevándose a la boca cuanto está a su alcance. Aprendemos también a conocer a través del oído, la nariz, y los ojos... Para poder conocer las cosas es preciso que por lo menos algunos elementos que hay en nosotros vibren en consonancia, en armonía con aquello

que queremos conocer. Si no estamos preparados, es decir, si nuestro corazón y nuestro intelecto no están en un cierto estado de atención receptiva, de aptitud para responder a las vibraciones internas y externas, es imposible alcanzar el conocimiento, y tampoco podremos conocer a los seres invisibles que están muy evolucionados en tanto no sepamos responder a las vibraciones que producen. Si, por el contrario, nuestra alma sabe vibrar en armonía con estos seres, inmediatamente les conoceremos.

Para lograr el conocimiento son necesarios dos elementos: uno activo, positivo, y otro pasivo, negativo; es decir, uno masculino y otro femenino. Y estos dos elementos deben ensamblarse y complementarse. La vida está estructurada así. Para conocer una cosa, es preciso que nos impregnemos de ella. Si queremos conocerla a través del gusto, la introduciremos en nuestra boca. Si queremos olerla, aspiraremos por la nariz las partículas que desprende. Si deseamos oírla, será necesario que las ondas sonoras se introduzcan por el canal auditivo, etc. Si queremos conocer al Espíritu cósmico, debemos dejar que penetre en nosotros.

«Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que has enviado, Jesucristo». Para la tradición cabalista, la esencia de Dios está contenida en las cuatro letras de su nombre: ה ו ה י Iod, Hé, Vau, Hé. Estas cuatro letras corresponden a los cuatro principios que actúan en

el hombre: espíritu, alma, intelecto y corazón. Iod ך , es el principio masculino creador, la fuerza santa primordial origen del movimiento, el espíritu. La segunda letra, Hé ה , representa el principio femenino, el alma que absorbe, conserva, protege y permite que el principio creador trabaje en ella. La tercera letra, Vau ם , representa al hijo que nace de la unión de los dos principios masculino y femenino, del padre y de la madre. Es el primer hijo de esta unión, y se manifiesta también como principio activo, pero a otro nivel. El hijo es el intelecto, que está en la línea de Iod, el padre, el Espíritu, y de hecho, habréis podido observar que Vau ם es una prolongación de Iod ך . La letra siguiente Hé ה , es idéntica a la segunda que, como os digo, es el alma, la madre. Representa el corazón, la hija, que es la reproducción de la madre*. Las cuatro letras

* El nombre de Dios es considerado por la Kábala como una esencia de la célula familiar. La interpretación que se da a Vau, y a la segunda Hé (con respecto al parecido del hijo con el padre, y al de la hija con la madre) se ve confirmada, y casi en los mismos términos, por los estudios de C.G. Jung sobre la «intensidad del parentesco». En su libro «El hombre descubriendo su alma», Jung relata las investigaciones que realizó basadas en «textos» inspirados en el método de asociación, con el fin de determinar el grado de similitud entre los miembros de una misma familia. Jung constata lo siguiente: «Entre el padre y el hijo, la diferencia es de 3,1... La profunda semejanza entre el padre y el hijo es un hecho primordial: desde tiempo inmemorial el hijo ha sido considerado como un renacimiento del padre... Entre la madre y las hijas, la diferencia es de 3, lo cual constituye una semejanza insignificante; las hijas son, pues, una reproducción de su madre». (nota del editor).

del nombre de Dios representan, pues: el espíritu (el padre), el alma (la madre), el intelecto (el hijo), y el corazón (la hija). Si el espíritu domina en vosotros, os parecéis al padre; si es el alma, vuestras cualidades corresponden a las de la madre. Si predomina el intelecto, tenéis afinidad con el hijo, y si rige el corazón, sois semejantes a la hija.

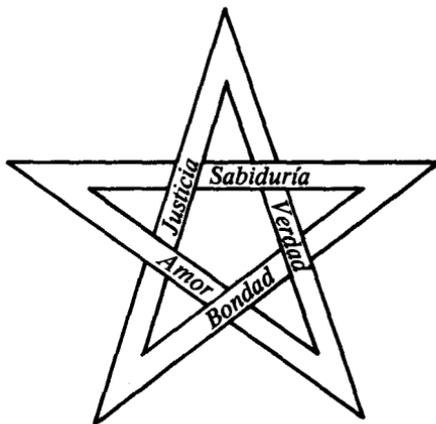
Encontramos nuevamente estos cuatro principios en el rostro del hombre, porque está construido a imagen de Dios. Los ojos representan a Iod, el espíritu; las orejas a Hé, el alma; la nariz representa a Vau, el intelecto, y la boca, la segunda Hé, el corazón.

Así pues, resumiendo, hay cuatro fuerzas que tienen las siguientes correspondencias:

Iod, י el espíritu, corresponde a los ojos,
 Hé, ה el alma, corresponde a las orejas,
 Vau, ו el intelecto, corresponde a la nariz,
 Hé, ה el corazón, corresponde a la boca.

Estas cuatro fuerzas representan, pues, los cuatro sentidos: vista, oído, olfato y gusto. El quinto sentido es el tacto, las manos con las que trabajamos. A las cuatro letras del nombre de Dios se añade, pues, una quinta letra, Schin ש, que se encuentra en el centro del nombre de Jesús, Iéschovah יהוה שוה. Este nombre es un símbolo de la formación, de la encarnación de Dios en la materia. A través de Jesús, de Cristo, el espíritu, el alma, el intelecto y el corazón de Dios se encarnan en el

plano físico para hacerse visibles y tangibles. El es el Verbo que se hizo carne. Cristo es la encarnación de Dios en la materia, es quien da a los cuatro principios divinos la posibilidad de manifestarse. También está simbolizado por la mano, cuyos cinco dedos representan las cinco virtudes: amor, sabiduría, verdad, justicia y bondad, que están colocadas sobre los lados del pentagrama constituyendo el símbolo del hombre perfecto.



Jesús es el hijo de Dios que descendió a la tierra para enseñarnos a obrar. Si en el plano físico no manifestamos el espíritu, el alma, el intelecto y el corazón, no conoceremos al Señor. Le conoceremos cuando vayamos al otro mundo, pero ya será demasiado tarde y no nos servirá de nada. Es aquí,

en la tierra, donde debemos conocerle para gozar la vida eterna. Hay que expresar sus cualidades a través del cuerpo físico. Jesús se manifestaba por la acción: la mano. Decía: «Mi Padre trabaja y yo también trabajo». Es decir: «Mi Padre trabaja en todas partes, en los cerebros, en los corazones, en las almas, en los espíritus, y yo también trabajo entre los hombres, aquí, en la materia, con mis manos».

El hombre concibe la vida eterna como algo muy abstracto sin reparar que tiene a su disposición todos los elementos para poder vivirla: los ojos, las orejas, la nariz, la boca, las manos. Cuanto más cuidado pongáis en vuestros cinco sentidos y más atención prestéis a la manera en que os servís de ellos, tanto más os acercaréis al conocimiento de lo sublime que ningún libro, ni ningún filósofo os revelará jamás. La revelación está en vosotros mismos, jamás os engañará y es el resultado del uso correcto de vuestros cinco sentidos.

«Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero...» La vida eterna consiste en llegar a establecer una conexión, en abrir nuestro espíritu, nuestra alma, nuestro intelecto, nuestro corazón y nuestra voluntad a todas las virtudes del Nombre de Dios* y de su Hijo, Cristo. Entonces estaremos alimentados por una fuente inagota-

* Sobre el nombre de Dios, ver también el primer capítulo de « La verdadera enseñanza de Cristo » (Colección Izvor)

ble, por una central energética, igual que la lámpara eléctrica es alimentada por un generador de energía. Abramos, pues, nuestra inteligencia con la luz... Abramos nuestro corazón con la pureza... Abramos nuestra alma con el amor espiritual... Abramos nuestro espíritu con la fuerza y el poder de Dios... ¡Y cumplamos la voluntad de Cristo, nuestro Señor!

A Dios y a Cristo no les conoceréis mediante vuestro intelecto y sus construcciones artificiales, sino purificando todas vuestras facultades. Preguntaréis: «Sí, pero ¿de qué forma?» Si observáis cómo se purifica el agua en la naturaleza, encontraréis que hay dos métodos posibles. Por el primero el agua penetra en el suelo y atraviesa sus diferentes capas abandonando a su paso sus impurezas. Así, poco a poco, se vuelve clara y brota en otro lugar como un manantial. Mediante el segundo proceso, el agua es calentada por los rayos del sol, se evapora y limpia en la atmósfera: se purifica a través de su evaporación y vuelve después a caer sobre la tierra en forma de rocío o de lluvia, dando vida a la vegetación. Estos mismos métodos de purificación son aplicables a los hombres. Quienes no quieran purificarse con los rayos del sol deberán descender bajo tierra, en términos simbólicos, en donde se someterán a la oscuridad y al sufrimiento, padeciendo fuertes presiones. Pero los discípulos esco-

gen el segundo método, se exponen a los rayos del sol espiritual y se elevan para absorber los elementos más luminosos, que les purifican.

Reflexionad sobre estas palabras que acabo de deciros hoy. Vinculad el nombre de Jesús a los cinco sentidos. Aprended a trabajar con ellos e iréis comprendiendo con claridad estas palabras de Jesús: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo». Conocer a Dios, consiste en vibrar al unísono con El, en unión perfecta con los pensamientos, los sentimientos y los actos... Y, puesto que Dios es eterno, el hombre también llegará a serlo. Este conocimiento es, pues, la vida eterna, el estado de conciencia más elevado.

II

«Yo soy la vid, dijo Jesús, y vosotros los sarmientos: el que vive en mí lleva muchos frutos... Pero si alguno no vive en mí, se le echa fuera, como el sarmiento, y se seca; después lo recogen, lo echan al fuego y arde». En efecto, todo lo que está muerto ha de ser quemado para vivificarlo de nuevo. La vid y los sarmientos simbolizan las almas humanas unidas a Dios, porque el alma extrae sus fuerzas de la fuente de Dios mismo. Así como la hoja muere y se pudre al desprenderse del árbol, también el alma separada de Dios se debilita y desaparece. Pero el alma que permanece unida al árbol, crece y florece.

Con estas imágenes de la vid y del árbol podemos explicar las nociones de tiempo y eternidad. La eternidad es la vid, Dios mismo, la inmensidad. El tiempo son las pequeñas semillas desprendidas de la eternidad, las pequeñas hojas que caen del árbol al suelo y desaparecen; el tiempo son todos los momentos, todos los segundos que se separan de

este árbol que es la eternidad. Por tanto el tiempo es siempre reducido, está siempre limitado; incluso unos miles de millones de años abarcan un lapso de tiempo muy limitado, y todo lo que es limitado muere.

Por eso el hombre, en tanto que espíritu, no debe aferrarse al tiempo, de lo contrario permanecerá siempre limitado, se debilitará, y morirá. Debe olvidar el tiempo para abrazar la eternidad, para que nazca en él la vida, esa vida abundante, eterna, de la que hablaba Jesús cuando decía: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero». La vida eterna comienza cuando nos unimos con Dios para que su vida, la verdadera vida, empiece a expandirse en nosotros. El tiempo es todo lo que se desprende; por eso se dice que es imposible recuperar el tiempo pasado porque se ha perdido.

La vida eterna es un estado de conciencia que podemos alcanzar en un instante. Cuando el hombre logra vivir y pensar de manera divina, cuando se une a la fuente ya no está separado del Todo, y la vida eterna empieza a fluir a través de él. La vida eterna es, pues, una calidad de vida, un nivel de vida especial, mientras que la vida en el tiempo, en tanto que es pasajera, inestable, fugitiva y está desgajada, es una partícula que apenas contiene energía... como la cola cortada de un lagarto que no obstante haberse separado del cuerpo, continua

moviéndose todavía durante algunos momentos antes de quedar inerte.

Cuando os unís al Señor, con el Ser que no tiene ni principio ni fin, vuestra conciencia se expande, se vuelve luminosa, vibra de forma distinta y la vida nueva, la vida de la eternidad empieza a fluir. Diréis: « Pero, la eternidad, ¿ no dura indefinidamente?... No, no necesariamente: el momento presente puede ser una eternidad. Aunque no viváis eternamente, vivís la vida eterna. No podéis agotar la eternidad ni en el pasado ni en el futuro, pero sí vivir en el presente convirtiendo cada momento de este presente en eternidad... Esto es muy difícil de explicar porque constituye una realidad que concierne a la cuarta, a la quinta dimensión, y en la tercera dimensión, en la que se emplean las palabras, carecemos de una técnica adecuada para expresar la eternidad. Así pues, debo utilizar imágenes para que comprendáis, pero en realidad es imposible explicar la eternidad, porque no se puede medir lo ilimitado con una medida limitada... A pesar de ello, insisto que por el simple hecho de conectar con la eternidad, un momento limitado en el tiempo puede convertirse en eternidad.

Os daré aún otra imagen. ¿ Veis este bastón ? Es una línea recta que tiene un principio y un fin ; por lo tanto algo limitado, y no se puede medir la eternidad con un objeto limitado. Suponed ahora que

este bastón es flexible y que consigo doblarlo hasta juntar sus dos extremos: entonces se convierte en un círculo, y con este círculo puedo expresar la eternidad: no hay principio, no hay fin, no hay parcelas, no hay migajas... ¡Hay una unidad infinita! De igual forma, cada instante del tiempo, cada segundo que consigo conectar con la fuente, con el infinito, se convierte en eternidad; al entrar en el círculo cambia de naturaleza, cambia de calidad, porque ya no es una parcela separada del todo. Cada punto de la línea recta en un punto del tiempo, y cada punto del círculo es un punto de la eternidad; por ello cada segundo que consigo unir a la fuente, penetra en el círculo de la eternidad.

Para ser alimentado, para desarrollarse, cada sarmiento debe estar unido a la fuente, a la vid, y así dará flores y frutos. Conectaos pues con el principio divino, con Cristo para vivir la vida eterna, para transformar vuestra conciencia personal, limitada y puramente humana en una conciencia ilimitada, universal, una conciencia de eternidad. Por eso os digo: no penséis en el tiempo, ni en las preocupaciones, ni en las tristezas, olvidad incluso vuestras imperfecciones y vuestras lagunas... ocupaos del centro, del principio divino que hay en vosotros, concentraos en la vida eterna y vividla desde ahora, puesto que no se trata de una cuestión de duración ni es necesario vivir miles de millones de años para estar en la eternidad. Por otra parte, aun-

que viviésemos durante todos esos años, tampoco lograríamos la eternidad porque ésta no es una medida temporal, sino un estado de conciencia.

¡ El tiempo no es más que un conjunto de partículas anárquicas que se han desprendido del árbol de la eternidad para establecer su propio reino ! A estas partículas desprendidas que viven durante algunos momentos y después mueren, es precisamente a lo que llamamos « tiempo ». Y aún suponiendo que pudiéramos encadenar durante miles de millones de años todas estas partículas que se han ido separando, nunca formarían la eternidad porque siempre existirá el principio y el fin de la cadena. La vida eterna es algo distinto, es una calidad de vida, una inmensidad de vida, y si llegamos a vivirla aunque sólo sea durante una fracción de segundo, conectamos con la eternidad.

Os descifraré una clave que se encuentra en las dos frases de Cristo: « Yo soy la vid y vosotros los sarmientos... » y « La vida eterna es conocerme a Ti, el único Dios verdadero ». Estas dos locuciones expresan bajo dos formas diferentes la misma verdad, la de que el hombre debe reencontrar el camino para conectarse de nuevo con la fuente divina y no volverse a separar de ella, porque la separación implica la muerte espiritual y física. Todo en la naturaleza puede ayudarnos a conectar con la fuente, pero el medio más poderoso, el más eficaz, es el sol. El sol es el símbolo de este río vivo que desciende,

que brota y colma todo el universo; es el símbolo de Dios, y es quien mejor puede ayudarnos a reencontrar el camino hacia el Creador, a vivir, a vibrar como El, a convertirnos en sarmientos unidos a la vid. El sol es la vid, y si nosotros somos los sarmientos, poseeremos la vida eterna.

Leemos en los libros antiguos que los Iniciados representaron a la serpiente de tres maneras: ondulante como un senoide, erguida en espiral, o formando un círculo como la serpiente que se muerde la cola. Se trata de símbolos muy profundos. En la Biblia se nos representa a la serpiente como el animal más sabio, el más inteligente, pero también se identifica con el mal y la astucia. En otra ocasión, si queréis, os explicaré porqué. Hoy nos detendremos en estas tres imágenes de la serpiente a las que me he referido, porque simbolizan el trabajo del discípulo que debe conseguir la sublimación de la serpiente, es decir, la transformación de la línea recta en círculo. Se trata de todo un proceso psíquico, intelectual, de una práctica iniciática.

Al principio la serpiente forma una línea recta sólo simbólicamente, porque en realidad es un senoide que se arrastra por el suelo. Después se yergue verticalmente y adquiere la forma de una espiral: es la columna vertebral. Finalmente une sus dos extremidades, su cabeza y su cola, para formar un círculo, es decir, para entrar en los movimientos

armónicos, simétricos y creadores de la eternidad. Todas las emanaciones, todas las energías empiezan a distribuirse, a organizarse, desapareciendo las luchas y las disonancias entre ellas; todos los puntos de la periferia, equidistantes del centro, generan interferencias sublimes. El iniciado que llega a modelar en él este círculo se vuelve poderoso, inagotable, perfecto como el sol, y vive en la eternidad.

La línea recta debe, pues, convertirse en un círculo... Además, para los físicos, la línea recta es una porción de círculo. Y dado que todo se mueve, sólo hay líneas curvas en el espacio; en consecuencia la línea recta no existe. Espiritualmente el hombre debe convertirse en un círculo. Mirad al niño; antes de nacer se halla recogido sobre sí mismo, como una bola. Diréis que ésta es una solución económica con el fin de ocupar menos espacio en el seno de la madre; es posible... En cualquier caso, después de su nacimiento, se endereza. Sin embargo, espiritualmente sucede lo contrario: el hombre debe tomar la forma del círculo, es decir, debe traspasar los límites de su conciencia personal para vivir la vida cósmica, la vida universal, la vida de la eternidad...

En realidad nada ni nadie puede separarse de la vida universal: ni la más pequeña mota de polvo, ni el más pequeño átomo pueden escapar a la vida cósmica. La ruptura se produce únicamente en la conciencia de los seres, y de ello, lógicamente, resul-

tan toda clase de desórdenes en los demás planos. En medio de estos desórdenes, se permanece igualmente ligado al cosmos, pero a sus regiones inferiores. Por tanto lo único que tenemos que hacer es cambiar de región, de apartamento o de piso. Como en una casa, por ejemplo: podemos escoger entre vivir en los pisos superiores o bajar a los inferiores, e incluso llegar hasta los sótanos. Pero es ilusorio creer que podemos separarnos completamente de ella. Nadie ha logrado liberarse de la influencia de las fuerzas de las energías cósmicas.

Podemos variar de condiciones o de regiones; éstas podrán ser más o menos favorables, pero estos cambios se producen siempre en la conciencia, y partiendo de ella, se expanden a los demás sectores. Por eso insisto: ¡volved a la cima, volved a la fuente! Cada día, continuamente, cualesquiera que sean vuestras ocupaciones, cuando coméis, paseáis, trabajáis, pensad en restablecer la conexión con la fuente, con el principio divino que hay en vosotros, porque eso es vivir la vida eterna.

Ningún libro os enseñará verdades tan esenciales como las descritas en los Evangelios. Responderéis: «Hemos leído sus pasajes, pero no hemos descubierto nada nuevo. Por eso buscamos ahora en otras religiones: china, hindú, japonesa, musulmana...» ¡Es evidente que eso os ocurre porque no habéis captado la inconmensurable sabiduría que

se encuentra en los Evangelios, los cuales están escritos precisamente para vosotros; y sin embargo, vosotros seguís buscando la luz en otras enseñanzas que no os incumben! Sí, ya sé, diréis que estáis saturados de textos conocidos y que tenéis ganas de cambiar de alimento. Pero es peligroso ir a buscarlo en enseñanzas que no comprendéis, que no están hechas para vuestra estructura ni para vuestra mentalidad. A vosotros os corresponde conocer la enseñanza de Cristo. No la habéis leído seriamente, ni tampoco la habéis meditado. Buscáis algo más, pero ¿con qué fin? Muy a menudo la gente sigue una enseñanza oriental para vanagloriarse ante los demás, engañar con falsas apariencias, o, sencillamente, por snobismo. Pero eso no sirve de nada, y sólo demuestra que nos gusta lo extravagante, y no la simple verdad. Se abandona a Cristo, pero, ¿para seguir a quién?...

INDICE

I	«No se pone el vino nuevo en odres viejos»	9
II	«Si no os volvéis como niños»	21
III	El mayordomo infiel.....	43
IV	«Acumulad tesoros...»	67
V	«Entrad por la puerta estrecha»	81
VI	«Que el que esté en el tejado...»	89
VII	La tempestad calmada	101
VIII	«Los primeros serán los últimos»	109
IX	La parábola de las cinco vírgenes prudentes y de las cinco vírgenes necias	127
X	«Ésta es la vida eterna: ¡que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero!...»	153

El objetivo de la asociación Fraternidad Blanca Universal es el estudio y la aplicación de la Enseñanza del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov, editada y difundida por Ediciones Prosveta.

Si desea informarse sobre la Asociación, diríjase al :
Asociación Prosveta
Caspé 41
08010 Barcelona

Dépôt légal : Février 1988 – N° d'impression : 1555
Imprimerie PROSVETA, Z.I. du Capitou
B.P. 12 – 83601 Fréjus Cedex (France)
Impreso en Francia